

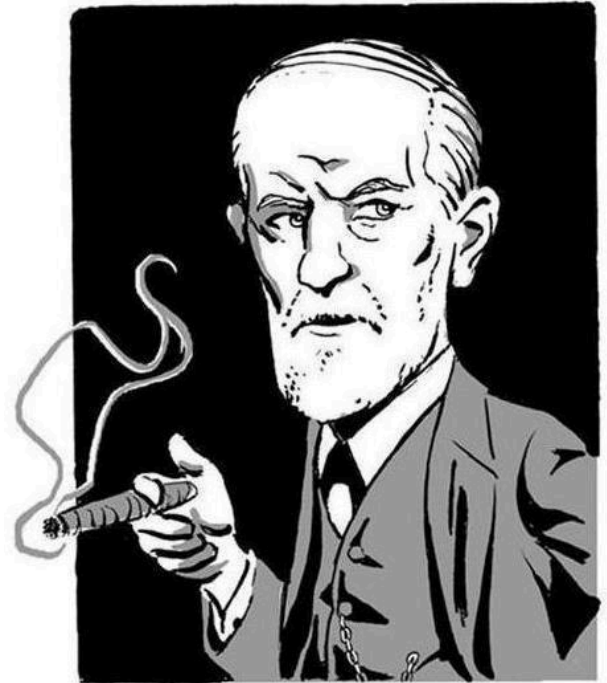
©608176

LOS SIGNIFICADOS
DEL HUMO Y DEL FUEGO
EN EL HÁBITO DE FUMAR



Gustavo Chiozza
Septiembre 2007

CONTENIDO



¿POR QUÉ FUMAMOS?

DEFINICIONES Y ORÍGENES DE ALGUNOS TÉRMINOS.

BREVE RESEÑA DE LA HISTORIA DEL TABACO Y DE LA COSTUMBRE DE FUMAR.

1. UNA VIEJA COSTUMBRE EN EL NUEVO MUNDO.
2. UNA NUEVA COSTUMBRE EN EL VIEJO MUNDO.
3. PROHIBIDO FUMAR.
4. PELIGRO FUMAR.
5. UN NUEVO ENCUENTRO CON UN VIEJO CONOCIDO.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA INTERIORIDAD DEL FUEGO.

LA INTERIORIDAD DEL HUMO Y SU PARTICIPACIÓN EN EL HÁBITO DE FUMAR.

1. FUMAR: UNA FORMA DE INCORPORAR EL FUEGO.
2. FUMAR: UNA FORMA RESPIRATORIA DE INCORPORACIÓN.

EL "HAMBRE ESPIRITUAL" DEL FUMADOR.

LOS ASPECTOS NOCIVOS DEL HÁBITO DE FUMAR.

EL ASPECTO SOCIABILIZADOR DEL HÁBITO DE FUMAR.

DISTINTAS MANERAS DE FUMAR.

EL CIGARRILLO EN EL SOLDADO, EL ADOLESCENTE Y LA MUJER.

EL CIGARRO Y LA PIPA EN LA MADUREZ.

EL FUMADOR Y LA SOCIEDAD.

1. ¿DISCRIMINACIÓN O AYUDA AL FUMADOR?
2. EL FUMADOR PASIVO.
3. LOS DERECHOS DE UNOS Y OTROS.

¿POR QUÉ FUMAMOS?

Desde el descubrimiento del Nuevo Mundo, hace ya más de 500 años, la humanidad ha sostenido un encendido romance con el hábito de fumar. Pese a que, en nuestros días, son bien conocidos los efectos nocivos que la medicina atribuye a este hábito, millones de personas continúan fumando. Las numerosas investigaciones que se han abocado al intento de descubrir el por qué de esta curiosa pasión, coinciden en que la respuesta está en los efectos farmacológicos —placenteros y adictivos— que, a través de la nicotina, el tabaco tiene sobre el organismo de quien lo fuma.

En otras palabras, consideran que la razón y el objetivo del fumar radican, en lo esencial, en la nicotina del tabaco; el hábito de fumar es considerado, entonces, una adicción o, más precisamente, una toxicoddependencia (Iversen, 2006)¹. Desde esta concepción han surgido distintas propuestas farmacológicas para alcanzar el objetivo terapéutico de la cancelación del hábito; por ejemplo, proporcionarle al fumador nicotina por otros medios menos nocivos (como los parches cutáneos de nicotina) o desarrollar otras drogas (como bupropion o fluoxetina) capaces de simular los efectos placenteros o contrarrestar los nocivos que la nicotina tiene sobre el organismo del fumador de tabaco (Ibíd.).

Antes de que las ideas de Luis Chiozza y colaboradores (1969a) abrieran el camino al estudio psicoanalítico de la interioridad de las sustancias químicas, numerosos psicoanalistas se abocaron al estudio de las motivaciones inconscientes que llevan a un sujeto al hábito de fumar. Al carecer de un sistema teórico que les permitiera interesarse por el sentido específico de la nicotina, sus trabajos se centraron en otros aspectos del hábito, identificando intensas fijaciones orales y masoquistas. Atentos a estas investigaciones, distintos sectores de la industria médica intentaron alternativas menos “masoquistas” para sustituir “la oralidad” del hábito de fumar, como cigarrillos de plástico para tener en la mano y llevarse a la boca, o chicles de nicotina que, intentando matar dos pájaros de un tiro, satisficieran al mismo tiempo la necesidad “somática” de nicotina y la “psicológica” de descargar pulsiones orales.

¹ Citando a G. Block y J. March (eds.) —*The Biology of Nicotine Dependence*, CIBA Foundation Symposium 152 (Chichester, 1990).

No obstante estos intentos, dejar de fumar resulta muy difícil y aún los tratamientos de reemplazo de nicotina por vía inhalatoria dan poco resultado. *"Mientras que cerca del 90 por ciento de los fumadores vuelve a fumar después de 12 meses si no realiza ningún tratamiento, entre el 75 y el 80 por ciento de los que reciben reemplazos de nicotina lo hace"* (Iversen, 2006, pág. 178).

Sergio Aizenberg (1970 [1966]), yendo un poco más allá de las fantasías orales descritas clásicamente, considera al fumar como un intento particular de mantener disociados y aletargados —"fumigados", según el autor— los contenidos prenatales considerados peligrosos. Años más tarde, Litvinoff (1981) y, más recientemente, Bianconi (2005b), buscando comprender el hábito de fumar a partir de la libido propia de la función respiratoria, han identificado a la hipoxia que causa la inspiración del humo del cigarrillo, como una de las motivaciones que, desde lo inconciente, conduciría a este hábito. El primero de estos autores, considera que el fumador de cigarrillos, a los fines de superar dificultades actuales, intenta recrear la situación de la primera inspiración que ocurre luego del nacimiento; situación de la cual, en el pasado, logró salir "airoso". Bianconi, en cambio, emparentando la hipoxia del fumador de cigarrillos con la hipoxia relativa en la que transcurre el período fetal de la vida, sostiene que, al contrario, la inspiración del humo del tabaco buscaría recrear una simbiosis con la imago materno-placentaria. Cabe destacar que este autor, en un trabajo contemporáneo al mencionado, se aboca también al estudio de la interioridad de la nicotina (Bianconi, 2005a), abordando este complejo temas desde dos frentes distintos: por un lado la afición a la nicotina del tabaco y por el otro el hábito de fumar cigarrillos inhalando el humo del tabaco hasta los pulmones.

Sin embargo, el tema de fumar, más amplio, no se agota con la comprensión de por qué se fuman cigarrillos de tabaco, ya que hay formas no-inhalatorias de fumar (como el cigarro o la pipa) y también se fuman otras sustancias distintas del tabaco (como marihuana, opio o crack). Tampoco el consumo de tabaco se restringe al hábito de fumar, ya que hay muchas otras formas de incorporar la nicotina en el organismo.

En este trabajo, me propongo dar los primeros pasos, en un camino que, hasta donde sé, ha sido poco estudiado por el psicoanálisis. Se trata de intentar comprender el significado inconciente del hábito de fumar a partir la interioridad del humo que se fuma y, por extensión, del fuego que lo provoca.

El fuego ha fascinado a la humanidad durante siglos. Al calor del fuego, y gracias a su poder, han vivido miles de generaciones. El ser humano se sintió superior cuando dominó el fuego, al que los demás animales temían. Si bien sus primeros usos fueron el calor y la defensa ante los predadores, al poco tiempo dio pruebas de que era algo más. La simple observación de que la punta del palo con que se

removían las brasas de una fogata, al carbonizarse, ganaba dureza y se convertía en una potencial arma de caza, fue el principio de la aplicación del fuego como generador de técnicas. El hombre ha sabido usar la fuerza destructiva del fuego en su provecho, para extraer la energía de los materiales que le proporcionaba la naturaleza o poder moldearlos a su gusto. Si bien la mano es la principal herramienta del hombre, en la construcción de la cultura el fuego no ha sido menos importante.

Se ha subrayado repetidas veces el efecto cautivador y mágico que posee el fuego para el hombre; el poder casi hipnótico que posee la simple contemplación de una fogata. Películas como *La guerra del fuego*² nos ayudan a desentrañar parte de ese vínculo ancestral, cuando vemos a los primeros homínidos refugiarse del frío, la oscuridad y los peligros de la noche al amparo de la luz y el calor de las llamas. Cuán importante era para esas inermes criaturas conservar y proteger esa fuente de seguridad y calor, y cómo, incapaces aún de producirlo, sus primeros pensamientos se orientaban al ingenio de transportar, en sus obligadas migraciones, unos pocos rescoldos que pacientemente alimentaban para evitar la devastación anímica que suponía la extinción del fuego. También recordamos la interminable secuencia de los esfuerzos de Chuck Noland (Tom Hanks), en el film *El naufrago*³, por producir fuego y su sensación de poder —de ser un dios— al contemplar la inmensa fogata que había logrado; o su expresión, ya de vuelta en la civilización, al observar la llama de un encendedor, pensando en todos los sufrimientos y sacrificios que ese modesto artilugio le hubiera podido ahorrar. Se trata del mismo artilugio que todo fumador transporta en su bolsillo; siempre al alcance de la mano.

Y dado que donde hay fuego, hay humo, qué duda cabe que acercarse al abrigo de una fogata es también, inevitablemente, aspirar el humo, lagrimear los ojos e impregnarse el pelo y la ropa con su particular aroma. También el fumar ha sido parte de esa cultura que el hombre ha sabido construir y que hoy heredamos de nuestros antepasados.

Sin embargo, al parecer, se ha subestimado el papel que desempeña el aspecto ritual del hábito de fumar; en especial, el aspecto del contacto con el fuego, las brasas y el calor que ellas desprenden. Así por ejemplo, perdidos en las nieves de los Andes, a 3660 metros de altura donde el oxígeno que se consume en cada movimiento no se puede recuperar con facilidad de la atmósfera, con temperaturas que llegaban a los 40 grados centígrados bajo 0 por la noche, imposibilitados de hacer fogatas debido a la falta de sustancias combustibles, los sobrevivientes del vuelo charter uruguayo refieren que fumaban cigarrillos y cigarros sólo por el afán de estar en contacto con algo caliente (Parrado, 2006).

² *La guerre du feu*, de Jean-Jacques Annaud, 1981.

³ *Cast Away*, de Robert Zemeckis, 2000.

Así como nos resulta convincente que el fumador de cigarrillos de tabaco busque un cierto estado de hipoxia que le permita recrear, en su fantasía, la simbiosis fetal (Bianconi, 2005b), también parece, a primera vista, convincente que todo fumador, a través de el humo que respira y de las brasas que tiene en la mano y lleva consigo, busque recrear esa situación de ancestral amparo que todos sentimos alguna vez junto al calor del fuego.

Como puede apreciarse, se trata de un tema enorme, de modo que mi objetivo en esta primera comunicación, junto con unas primeras ideas esbozadas, es principalmente recopilar material y ofrecerlo, de la manera más amena que me sea posible, como tema de conversación; intentando que algo de ese espíritu confortable que se respira en esas charlas junto al fogón impregne, al modo del humo, las páginas de este trabajo.

Comenzaremos nuestro recorrido con una breve reseña de la historia del hábito de fumar. Dado que esta historia se halla indisolublemente ligada a la historia del tabaco, también nos ocuparemos someramente del tabaco pero a los fines de la meta que nos proponemos —comprender los significados del humo y del fuego y su participación en el hábito de fumar— nos resultará, hasta cierto punto, indistinto si el humo que se fuma proviene de la combustión del tabaco o de cualquier otra sustancia fumable, tanto como si al fumarlo se lo inspira (como se hace con los cigarrillos) o se lo aspira (como se hace con la pipa o el cigarro).

DEFINICIONES Y ORÍGENES DE ALGUNOS TÉRMINOS.

“Fumar” en su primera acepción en español es un verbo intransitivo que significa aspirar y despedir humo. También, en otras acepciones, se emplea como verbo transitivo, es decir que requiere de un objeto directo de la acción; así significa tomar el pelo a alguien, o consumir indebidamente algo (por ejemplo: se fumó el sueldo y ahora anda sin dinero) y de aquí, coloquialmente, faltar a una obligación (por ejemplo: fumarse la clase o fumarse la oficina).

Proviene de la voz latina *fumare* que significa “humar”, “arrojar humo”, y que ha dado origen a vocablos como perfumar que, literalmente en latín, significaba producir humo. *Fumare*, como verbo latino, deriva a su vez del sustantivo *fumus*, que significa “humo”. (En el idioma español se ha perdido esta relación entre el sustantivo y el verbo —presente en otras lenguas romances—, ya que para algunos sentidos se mantiene la efe y para otros se la sustituye con la hache. Algo similar a lo que ocurre con “hierro” y “fierro”, ambos derivados del latín, *ferrum*, o con “hechura” y “factura”, ambos derivados del latín, *factura*, del verbo “hacer” *facere*.)

El humo, a su vez, es una suspensión en el aire de pequeñas partículas sólidas que resultan de la combustión incompleta de un combustible; por lo tanto, se lo considera un subproducto no deseado de la combustión —excepto, claro está, para los fumadores—, producido en fogatas, brasas o motores de explosión. La inhalación del humo es la causa primaria de muerte en las víctimas de los incendios. El humo mata por intoxicación debido a sus componentes tóxicos —como el monóxido de carbono que impiden el transporte de oxígeno por la hemoglobina de la sangre— y a las pequeñas partículas sólidas de carbón que taponan los alvéolos dificultando el intercambio gaseoso en los pulmones.

Por su parte la combustión es una reacción química en la que un elemento combustible se combina con otro llamado comburente (generalmente oxígeno en forma gaseosa) desprendiendo calor y produciendo un óxido. Cuando una combustión es completa los únicos subproductos son agua (vapor), dióxido de carbono y compuestos de diversos elementos del combustible. La violenta oxidación de una materia combustible, con desprendimiento de llamas, calor y gases no es otra cosa que el fuego; en otras palabras, el fuego es, para la química, la manifestación visual de la combustión.

Según señalan Carl Sagan y Ann Druyan (1992), en su libro *Sombras de antepasados olvidados*, para que exista el fuego debe existir oxígeno y este elemento no siempre ha estado presente en nuestra atmósfera, por lo que se deduce que el fuego es posterior a la Tierra y posterior, también, a la presencia de oxígeno en la atmósfera terrestre. Al contrario de lo que suele pensarse, el Sol no tiene fuego, sino plasma incandescente.

Aprovechando esta sección de definiciones y a modo de enlace con el siguiente apartado, definamos también qué se entiende por “tabaco”. El tabaco es un producto vegetal obtenido de las hojas de varias plantas del género *Nicotiana*; género que abarca a más de 50 especies, subdivididas en cuatro grupos principales (*N. tabacum*, *N. petunoide*, *N. rustica* y *N. polidiclia*). Su particularidad química está dada por la nicotina, un alcaloide que se encuentra en las hojas en proporciones variables (entre el menos del 1% y 12%); el resto es el alquitrán, una sustancia oscura y resinosa compuesta por varios agentes químicos muchos de los cuales se generan como resultado de la combustión.

Para algunos el nombre proviene del árabe *tabbaq* que ya en la Europa del siglo XV se aplicaba a varias plantas de uso medicinal (Corominas, 1990). Algunas versiones tomadas de cronistas españoles de la conquista de América, proponen que “tabaco” proviene de la castellanización del lugar donde la planta fue descubierta, ya sea la isla antillana Tobago o la localidad mexicana Tabasco. Iain Gatel⁴ sugiere otra versión: que los españoles creyeron entender que el nombre

⁴ *Tobacco: The Story of How Tobacco Seduced the World*, (Nueva York, 2001), págs. 1-20; citado por Gilman y Xun (2006).

autóctono de la planta era tabaco aunque en realidad éste vocablo se refería al tubo o pipa con el que los indios fumaban la planta. De similar opinión, Ricardo Socca (2004) afirma que *tobago* era la palabra con la que los primitivos habitantes de Haití, designaban a una caña alargada que usaban para fumar a modo de pipa.

Confusiones de este tipo, al parecer, suelen ser muy frecuentes en los conquistadores; así por ejemplo cuando le preguntaron a un nativo australiano por el nombre autóctono del extraño animal que poblaba esas regiones, el nativo respondió que no entendía la pregunta; algo que en su idioma sonaba parecido a "*Kan gu ru*". Otro gracioso ejemplo, es "Yucatán" que significa "yo no soy de aquí", respuesta que dio un indio americano cuando se le preguntó cómo llamaban ellos a la región que hoy se designa, justamente, con los fonemas autóctonos de su respuesta.

Volviendo al tema del tabaco, el nombre científico dado al género de esta planta y, por extensión, el del alcaloide que contiene —la nicotina— fue creado por Linneo en homenaje a Jean Nicot de Villemain; embajador francés en Portugal a quien, para bien o para mal, debemos la temprana y extensa difusión del tabaco en Europa.

Algunos afirman que fue el cronista e historiador de las Indias Hernández de Boncalo quien, en 1559 y por orden de Felipe II, trajo las primeras semillas de tabaco a España, con lo que se dio inicio al cultivo de tabaco en Europa. Otras fuentes afirman que este evento sucedió medio siglo antes, en 1510, y que el responsable fue Francisco Hernández de Toledo (Socca, 2004). Sea como fuere, la cuestión es que estas semillas fueron plantadas en tierras situadas alrededor de Toledo; por tratarse de una región frecuentemente asediada por plagas de cigarras se la conocía como Los Cigarrales. Según algunos historiadores, a esta región deberían su nombre cigarros y cigarrillos.

BREVE RESEÑA DE LA HISTORIA DEL TABACO Y DE LA COSTUMBRE DE FUMAR⁵

Cuando pensamos en la historia de la civilización occidental, nos resulta impensable que la mayor parte de esta historia haya podido transcurrir prescindiendo del tabaco y del hábito de fumar. Y sin embargo así fue. Jean Jacques Brochier, en su libro *Yo fumo, ¿y qué?*⁶, relata una bella historia creada por Pierre Louÿs, en la cual el escritor es visitado en su estudio, en el París de 1900, por el espectro de una cortesana griega; Callisto —así se llama ella— sólo desea hacerle una pregunta: si, desde los tiempos de la Antigua Grecia, la humanidad había sido capaz de inventar algo que justificara la continuación del mundo, compensando sus desventuras, sus masacres, sus sufrimientos y dolores. El escritor comienza a enumerar todos los placeres (“voluptuosidades”) nuevos, pero ella ya los conoce. Ninguna novedad. Agotados todos los descubrimientos, y ya convencidos ambos de que la humanidad no había podido generar, desde entonces, más que cosas desagradables, el escritor, maquinalmente, ofrece a Callisto un cigarrillo. Ella lo mira desconfiada, lo enciende, aspira dos o tres bocanadas de humo, y la existencia del mundo queda completamente justificada. Se trata de un nuevo placer, voluptuoso, que da título a la historia (“*Une volupté nouvelle*”).

Podríamos preguntarnos cómo continuar esta historia y, modestamente, nos imaginamos a Callisto, quizás luego de encender su segundo o tercer cigarrillo, pidiéndole al escritor que le cuente cómo y de dónde surgió esta costumbre. Lo que sigue, podría ser una respuesta.

1. UNA VIEJA COSTUMBRE EN EL NUEVO MUNDO.

Tanto la *Nicotiana rustica* como la *Nicotiana tabacum* son originarias de América, y allí las conoció el hombre hace aproximadamente dieciocho mil años. Expertos en genética vegetal han determinado que el lugar donde se cultivó el tabaco por primera vez, en una fecha estimada entre los cinco mil y los tres mil años a.C., se sitúa en la zona andina entre Perú y Ecuador. Posteriormente el consumo se fue extendiendo hacia el norte y, para cuando Colón descubre América, el consumo ya estaba extendido por todo el continente.

⁵ Algunos contenidos de este apartado han sido extraídos de Wikipedia; aunque fácilmente verificable por el lector, esta fuente es, quizás, menos confiable que las referencias bibliográficas concretas; sin embargo la inclusión de esta información en el presente trabajo obedece a la intención de dar color al tema tratado y no será utilizada para basar en ella afirmaciones que requieran de fuentes más fidedignas.

⁶ *Io fumo, e allora?*, (1994) versión italiana, del original en francés, *Je fume, et alors?* (1990). En adelante, cada vez que cite textualmente a este autor, la traducción estará a mi cuenta y riesgo.

Fumar era una de las muchas variedades de consumo de tabaco, tanto en América del Sur como en América Central. Además de fumarse, el tabaco se aspiraba por la nariz, se masticaba, se comía, se bebía, se untaba sobre el cuerpo, se usaba en gotas en los ojos y se usaba en enemas. *"Excepto la inyección intravenosa, los indígenas de Sudamérica usan el tabaco a través de todos los medios humanamente posibles"* (Wilbert, 1994).

Se usaba en ritos soplándolo sobre el rostro de los guerreros antes de la lucha, se lo esparcía en campos antes de sembrar, se lo ofrecía a los dioses, se lo derramaba sobre las mujeres antes de una relación sexual, y tanto hombres como mujeres lo utilizaba como narcótico. Sin embargo Wilbert, en su trabajo sobre "El significado cultural del uso del tabaco en Sudamérica" (Ibíd.) sostiene que la forma más común de consumo era el fumarlo. De la misma opinión, Gilman y Xun escriben: *"Fue la costumbre de fumarlo, de quemar la hierba para hacer humo, la que pronto pasó a formar parte de rituales sacerdotales aliados al diagnóstico y a la curación enfermedades, así como a la expulsión de los espíritus malignos que presuntamente las causaban. Fumar facilitaba la intoxicación inherente al ritual [...]. El humo servía asimismo de alimento a los espíritus que habitaban en los chamanes. [...] Ni el rapé ni las enemas ni el té ni las gelatinas de tabaco proporcionaban un efecto tan rápido como la inhalación"* (2006, págs. 15-16).

Los nativos de América consideraban que las plantas que eran capaces de alterar el estado mental de quienes las usan estaban dotadas de poderes sobrenaturales y por lo tanto dichas plantas, incluido el tabaco, desempeñaban un papel importante en las ceremonias y el folclore. Robicsek en "El ritual de fumar en América Central" (2006) afirma que es probable que los hábitos de fumar de los antiguos mayas procedieran de las ceremonias con incienso de los hechiceros y sacerdotes. A diferencia de los nativos de América del Norte que sólo fumaban en pipa, los mayas fumaban exclusivamente cigarros y cigarrillos. Análoga importancia parecía tener el tabaco para aztecas, mazatecas, cuicatecs y muchos otros pueblos de América Central. *"El tabaco y el acto de fumar no sólo tenían un hondo significado religioso en la vida de los antiguos mayas, sino que además llegaba al arte y tenía gran relevancia en la iconografía. Más que un mero entretenimiento, probablemente fumar fuera una actividad de importancia considerable, desempeñada por personas de alto rango. No puede comprobarse ni descartarse la posibilidad de que fumar por placer también fuera una costumbre extendida [ya que] las vidas de la gente común no se consideraban lo suficientemente importantes como para ser registradas y preservadas para la posteridad"* (Ibíd., pág. 50).

Las descripciones de los notables efectos psicotrópicos del tabaco sobre los indígenas resultan desconcertantes si se comparan con los efectos que tiene, hoy en día, el tabaco para quienes lo fuman. Robicsek ensaya cuatro distintas

respuestas, advirtiendo que la respuesta correcta probablemente sea una combinatoria de todas o varias de ellas: a) quizás los indígenas fumaban otra variedad de tabaco —la *Nicotiana rustica*, por ejemplo, posee una concentración mucho mayor de nicotina—; b) quizás los indígenas fumaran una mayor cantidad de tabaco —hay registros de indios que fumaban cigarros de hasta 75 cm. de largo—; c) quizás reforzaran el efecto del tabaco mediante prácticas no farmacológicas como cánticos rituales, vibraciones, danzas, etc.; y d) quizás fumaran otras hierbas de propiedades psicotrópicas en conjunción o en lugar del tabaco. Es posible que los españoles, que recién tomaban conocimiento de estas plantas, hayan tomado por tabaco a otras sustancias. También es posible que el error lo hayan cometido los traductores modernos de los antiguos manuscritos españoles, tomándose la licencia de traducir por “tabaco” expresiones españolas como “caña de fumar”, “hierba odorífera” o “humo” (Ibíd., págs.47-48).

2. UNA NUEVA COSTUMBRE EN EL VIEJO MUNDO.

Sorprendentemente, se conocen las identidades de los dos primeros europeos en fumar tabaco; fueron Luis de Torres y Rodrigo de Jerez. Según Bartolomé de la Casas⁷ —el sacerdote que editó en 1514 el manuscrito perdido de Cristóbal Colón— el 6 de noviembre de 1492 estos dos integrantes de la tripulación de Colón regresaron de una incursión en lo que sería hoy Cuba y refirieron un encuentro con los nativos del lugar en el que habían inhalado el humo de unas hojas secas y enrolladas. Se trataba de las mismas hojas que Colón, un mes antes —el 15 de octubre de ese mismo año— y sin comprender el motivo, había recibido de los indígenas en señal de amistad. La primera referencia escrita al “tabaco” y a la costumbre de fumarlo, aparece en 1535, en el primer volumen publicado por el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo sobre el primer encuentro y las primeras décadas de la conquista.

Según Gilman y Xun, fue la costumbre de fumar lo que suscitó el interés del tabaco como mercancía; *“de no haber sido por la voluta de humo, el tabaco habría seguido siendo una hierba usada para tratar una gran variedad de dolencias”*. Fumar se convirtió en el modo preferido de consumir tabaco y muchas otras sustancias, *“el tabaco conquistó al mundo mediante la magia del humo”* (2006, pág. 18). El humo capturó la imaginación de los europeos ya que proporcionaba una experiencia para la que carecían de vocabulario. Según estos autores, el termino “fumar” tardó casi doscientos años en cobrar vigencia; *“hacia principios del siglo XVII se acuñó la palabra para lo que el predicador jesuita Jacob Blake había denominado «embriaguez seca» en un tratado contra el humo en 1658: lo que todo el mundo estaba haciendo era «fumar» (to smoke= hacer*

⁷ Madrid 1825 citado por Gilman y Xun, 2006.

humo)” (Ibíd., pág. 20). Entendemos que debe referirse, o bien al término en inglés, o bien al enlace del término con el hábito, ya que, como vimos en el apartado de definiciones, el término en latín existía mucho antes.

Fumar, al principio, era una cura, pero pronto se convirtió en pasión; como la mayoría de los estimulantes usados con fines religiosos o medicinales, el hecho provocó que las elites empezaran a fumar por placer. Lo que empieza por la medicina y el ritual pasa a formar parte de la cultura; primero de la elite y luego de la sociedad toda. *“Fumar, inhalar los residuos de materiales candentes, era algo que los europeos percibieron como novedad”* (Ibíd., pág. 15). *“Fumar suministraba eficazmente el químico potente de la nicotina; pero además **el acto en sí parecía dueño de un aura mágica**”* (Ibíd., pág. 17)⁸.

Para Tanya Pollard la introducción del acto de fumar tabaco en la Inglaterra de fines de siglo XVI inauguró el uso recreativo de las drogas medicinales en la cultura inglesa, *“sentando las bases para el té, el café, el cacao, los licores destilados y el opio”* (2006, pág. 51).

Como el tabaco se lo cultivaba en todo el mundo, fumar se convirtió en un artículo de consumo que generó más riquezas que toda la plata de las Indias. *“En Europa se identificaba el olor del humo de pipa como un «olor caballeresco». [...] alrededor del 1600 [...] casi todo el mundo, tanto ricos como pobres, hombres como mujeres, daba pitadas a largas pipas de arcilla”* (Gilman y Xun, 2006, pág. 20).

Fuera de Europa, la práctica del fumar se extendió rápidamente en los dominios otomanos de Asia y África. En Asia Central y en la India de los mongoles adoptaron el hábito de fumar mezclando el tabaco con hierbas locales y usando una pipa de agua conocida como narguile. También el arte de fumar se extendió en el continente africano gracias a los comerciantes portugueses y franceses. Hacia fines del siglo XVI ya existía en África una rica cultura fumadora que abarcaba rituales sociales (Ibíd.).

El fumar en pipa llegó a Japón en abril de 1600 y sólo una década más tarde se observó que hombres, mujeres y niños habían adoptado el hábito de fumar. Españoles y portugueses introdujeron la práctica de fumar tabaco en China y fumar pasó rápidamente a formar parte esencial de la ya existente cultura del té. *“En sólo una generación China adquirió una cultura fumadora que lo abarcaba todo”* y preparó el terreno para el opio, que transformó a la China en una de las poblaciones de fumadores más grandes del mundo. *“Los chinos hicieron del fumar opio un arte verdadero e incomparable. Fumar se convirtió en un ritual para los consumidores del humo mágico del opio”* (Ibíd., págs. 21-22 y 26).

⁸ El énfasis me pertenece.

Aunque los responsables de exportar esta tradición de los indios americanos al resto del mundo fueron los europeos, fumar pronto se convirtió en una práctica global; *"de continente en continente, la gente empezó a experimentar y a crear técnicas, modos y métodos más sofisticados de fumar. Esta práctica se incorporó a otras culturas y adquirió funciones diversas en tradiciones y rituales locales. En un mundo extensamente dividido por las distancias geográficas, las religiones, y las condiciones sociales, fumar se volvió una práctica común a muchos, que estimulaba la interacción social"* (Ibíd., pág. 22).

Oriente y Occidente coincidían en los pródigos efectos del fumar. *"La creencia de que fumar era beneficioso para la salud se basaba en gran parte en la doctrina de los humores, la filosofía médica dominante, heredada de Galeno y de la antigua medicina griega. Según ella, el cuerpo se componía de distintos humores —caliente, frío, húmedo y seco— y el secreto de la salud residía en saber equilibrarlos. Algunos de estos equilibrios eran mejores que otros: a los humores frío y húmedo, asociados a las mujeres, se los caracterizaba como lentos, aletargados y especialmente perjudiciales para la salud. Fumar aprovechaba extremada y literalmente el calor seco del fuego y, por consiguiente, se creía que calentaba y secaba el cuerpo conduciéndolo a un estado de vigor masculino y expulsando todo tipo de males. En cierta medida, la popularidad del fumar se debió a ideas preexistentes sobre los usos médicos del vapor. El médico William Barclay argumentó en 1614 que «la fumigación o práctica de recibir vapores no es un remedio recién inventado, es un método medicinal antiguo y respetado que sirve para muchas enfermedades»*" (Pollard, 2006, págs. 53-54)⁹. *"Girolamo Francastoro, que acuñó el término de "sífilis" en 1530, creía que si los gérmenes son capaces de diseminar una enfermedad por el aire, el humo pudiera curarla"* (Gilman y Xun, 2006, pág. 17).

Una de las opiniones médicas más controvertidas era que el fumar tabaco curaba la melancolía; dado que, como bilis negra, se la consideraba producto de los humores frío y húmedo, se suponía que debía reaccionar favorablemente a los efectos caliente y seco del humo. El mismo Barclay, mencionado arriba, afirmaba que *"hay tal hostilidad entre él [el tabaco] y la melancolía, que se trata del único medicamento del mundo diseñado por la naturaleza para tomarse en buena compañía"* (Pollard, 2006, pág. 57)¹⁰.

Jean Jacques Brochier, no sin cierta ironía, reflexiona: *"Qué hierba milagrosa, llamada santa, divina, que todo lo podía curar. O la gente de aquellos tiempos eran de una constitución distinta a la nuestra (no había contaminación, sólo la peste cada tanto), o sino sus médicos se equivocaban al no hablar de tumores al*

⁹ Citando a William Barclay, *Nephentes; or The Vertves of Tobacco* (Edimburgo, 1614).

¹⁰ Citando a Barclay, W. Op. cit.

pulmón y de enfermedades cardiovasculares; a menos que los equivocados sean los nuestros” (1994 [1990], págs. 62-63).

Si bien en el apartado anterior ya hicimos algunas consideraciones acerca de los efectos desconcertantes —incluso contradictorios— que se le atribuían al tabaco, hay consenso que fumar se adapta a muchos usos y algo mágico parece haber, sino en el tabaco, quizás en el acto de fumar. Fumar *“puede ser un sedante, un estimulante, un calmante para los nervios, un relajante, un modo de recogimiento y también un significante de cohesión social. Se puede fumar sólo por el placer que da el tabaco, pero, más a menudo, se fuma como complemento de una multitud de otras experiencias presentes en el trabajo y en la cultura popular. [...] Los cigarrillos y pipas fumados en soledad quizás sean los que se recuerdan, pues suscitan pensamientos y reflexiones que luego parecen claves para la identidad del fumador, pero el tabaco se consume mayormente en sociedad. Fumar en compañía, entonces, es tan divertido como fumar solo.”* Algo de razón parece haber en aquel conocido *slogan* publicitario que rezaba: *“Cualquiera sean el placer, Player lo completa”* (Hilton, 2006, pág. 84). Una idea similar aparece contenida en la anécdota según la cual, interrogada sobre qué significaba para ella el acto sexual, Marilyn Monroe respondió *“una copa antes y un cigarrillo después”*.

La tremenda difusión del fumar, considerado en sus comienzos en Europa, una costumbre de clases altas terminó por borrar las fronteras sociales. Las diferencias sociales se desplazaron, entonces, del fumar a la forma de hacerlo con ayuda de un nuevo invento destinado a las clases altas: el cigarro, un primo lejano de aquel que los primitivos cubanos ofrecieron a los marineros de Colón. *“El cigarro es un ejemplo perfecto de cómo el tabaco se reinventó a sí mismo, cautivando al mundo una vez más”* (Gilman y Xun, 2006, pág., 25). El cigarro se puso de moda; primero en España, luego en Gran Bretaña y en otras partes de Europa. *“Como el humo mismo, el objeto era pura esencia. Mientras que se ha caracterizado al siglo XVIII como el siglo del rapé, hacia principios del siglo XIX el atractivo del cigarro se había vuelto tan enorme que aparecieron salones fumadores en toda Europa. [...] A medida que los cigarros se convertían en un índice de la condición social de los aristócratas, los privilegiados, los adinerados, y las élites sociales, se renovó entre las masas el interés por la «buena vieja pipa»”* (Ibíd., págs., 25).

En la clase trabajadora, las tabernas y los bares cumplían la misma función que en las clases adineradas los salones de fumadores, y fumar pasó a ser parte de la cultura del alcohol. *“El humo definía el mundo de los bebedores tanto como la bebida”* (Ibíd., pág., 27). Casi todo el mundo podía conseguir gratis una pipa

corta de arcilla en el bar. En 1896 la *Tobacco Trade Review* calculó que cada propietario de bar regalaba entre 11.520 y 14.400 pipas al año¹¹. Además de cigarros y pipas, los europeos pronto tuvieron la opción de fumar cigarrillos; el cigarrillo, el producto tabacalero actualmente más extendido, apareció en 1832 cuando los egipcios sitiaron la ciudad de Acre, entonces bajo dominio turco. Muchos afirman que fue durante la guerra de Crimea (1854-1856) cuando el personal británico vio por primera vez a los soldados turcos fumar tabaco picado envuelto en papel; de ahí en más el cigarrillo se extendió por Europa y Norteamérica (Rapaport, 2006). Durante las dos guerras mundiales, según reconoció el general Pershing de los Estados Unidos, los suministros de tabaco eran más importantes que los alimentos: "*los cigarrillos fomentaban la solidaridad y la disciplina y levantaban la moral*" (Hilton, 2006, pág. 89). La nación entera, con un esfuerzo colectivo, apoyó a los fumadores que se encontraban en el frente, asegurándose de que los soldados recibieran cigarrillos y tabaco extra para suplementar los 55 gramos que recibían del Departamento de Guerra. Según Hilton, "*los cigarrillos ayudaron a ganar la guerra y las dos guerras mundiales hicieron del Reino Unido una nación de fumadores. A fines de la década de 1940, cerca de cuatro quintos de los hombres adultos y dos quintos de las mujeres fumaban tabaco asiduamente*" (Ibíd., pág. 89). "*Con el tiempo, fumar cigarros y cigarrillos se asoció con los hombres, o se convirtió en un indicador de un tipo distintivo de mujeres, cuyo lugar rara vez estaba en el hogar*" (Gilman y Xun, 2006, págs. 25-26).

A juzgar por esta historia, contrariamente a la creencia de nuestros días, la difusión del hábito de fumar se debe a algo más que a los poderosos intereses de la industria tabacalera, más recientes; por el contrario, si el fumar no hubiese despertado semejante pasión y no estuviese tan difundido, la industria tabacalera nunca habría llegado a ser tan poderosa. El invento de la publicidad ayudó a consolidar este poder.

Durante la década de 1880, las mejoras en el transporte, el volumen de fabricación y el embalaje permitieron que fuera posible vender un mismo producto en todo el mundo. Como consecuencia de esto, nació la publicidad y los productos tabacaleros se contaban entre los más preciados en la nueva vidriera de las ventas globales (Gilman y Xun, 2006, pág. 29).

A medida que el cigarrillo reemplazó al cigarro, las mujeres de todo el espectro social empezaron a fumar. En 1900, cuatro quintos del tabaco que se fumaba en el Reino Unido venían en forma de cigarros; para 1950, la proporción se había invertido. En 1920 la *American Tobacco Company*, con el asesoramiento psicológico de Edward Bernays (sobrino de Sigmund Freud), decidió lanzar una agresiva campaña para conseguir que las mujeres fumaran *Lucky Strike*, con el

¹¹ "*On Smoking*", *Tobacco Trade Review*, II/22 (1896), citado por Hilton (2006, pág. 86).

argumento de que el fumar las liberaba de los "tontos prejuicios que les habían inculcado"; en sólo tres años incrementaron sus ventas, de 13.700 millones a 43.200 millones (Gilman y Xun, 2006, pág. 32-33).

"Hacia mediados del siglo XX, los fumadores de cigarrillos eran mayoría social" (Hilton, 2006, pág. 89). Para tener una idea de la notable difusión del hábito de fumar, veamos algunas cifras: se calcula que en el año 2000 había 1.100 millones de fumadores; la cantidad de hombres en esta población era tres veces mayor que la de mujeres. La mayor cantidad se hallaba en China: 340 millones de fumadores cada uno de los cuales consumía 1.791 cigarrillos por año. El aumento de la cifra de cigarrillos consumidos en China durante el siglo XX es notable: 300 millones de cigarrillos en 1902; 4000 millones en 1924 y sólo cuatro años más tarde, en 1928, 28.000 millones. Semejante difusión comenzó a generar preocupación en el gobierno; en 1994, por decreto gubernamental, desapareció toda publicidad tabacalera y en 1997 el gobierno chino prohibió que se fumara en la mayoría de los lugares públicos. En ese mismo año la Organización Mundial de la Salud empezó a trabajar en pos de un tratado en contra del fumar que habría de implementarse en el año 2003 (Gilman y Xun, 2006, págs. 35-36).

Y con esto entramos en otro aspecto del tema.

3. PROHIBIDO FUMAR.

Aunque esta restricción parezca un invento de nuestros días, la historia nos muestra que no es así. Según Gilman y Xun (2006) el sultán otomano Amurat IV (1623-1640) fue uno de los primeros gobernantes que prohibió fumar, pues lo veía como una amenaza a la moral y a la salud. Otros ejemplos similares ocurrieron en China y en Moscú, prometiendo a los contraventores los más crueles castigos; por ejemplo, en China, un emperador decretó en 1638: *"Aquellos que introduzcan clandestinamente el tabaco y lo vendan a los habitantes serán decapitados cualquiera sea la cantidad vendida; sus cabezas serán expuestas en sobre una pica"* (Brochier, 1994 [1990], págs. 57-58); *"en 1634, el Patriarca de Moscú prohibió la venta de tabaco y sentenció a los hombres y mujeres que fumaran a que les cortaran las fosas nasales o los azotaran hasta que no les quedase piel en la espalda"* (Gilman y Xun, 2006, pág., 23). Urbano VIII, en una bula papal de 1642 condenó el hecho de que se fumara porque *"«las personas de ambos sexos, sacerdotes y clérigos inclusive [...] durante la celebración del la Santa Misa [...] no se abstienen de consumir tabaco"*

por la nariz o por la boca»¹². También en Inglaterra en 1604 James I condenó que se fumara tabaco con similares argumentos.

Para estos autores, lo que motivó la protesta contra el fumar fue un deseo de reinstaurar las barreras sociales que la extensión del hábito había borrado. Fumar daba placer pero éste debía limitarse a la realeza, los privilegiados, las elites, no a cualquier masa de trabajadores, cuyas preocupaciones debían ser el trabajo, la productividad y la disciplina; fumar era un pasatiempo que hacía que los trabajadores descuidaran sus obligaciones. *"Cuando se vio como una amenaza al orden social, fumar se convirtió en un crimen digno de castigo"* (Ibíd., pág. 22).

Pero como suele suceder, cuanto más intensa es la prohibición, más crece el deseo, de modo que, incapaces de impedir que se fumara, los gobernantes se volcaron a controlar la actividad mediante el monopolio estatal. *"Gracias a este monopolio, el tabaco les reportó riquezas, alivió tensiones sociales y fortaleció sus dominios. Todo el mundo contento"* (Ibíd., pág., 24).

4. PELIGRO FUMAR.

Hacia fines del siglo XIX la conciencia de que fumar guardaba relación con diversas formas de alteración celular iba en aumento y se lo relacionaba, además con falencias morales. Recién luego de la Segunda Guerra, en 1948, comenzaron las investigaciones científicas sobre cuán perjudicial podía ser el hábito de fumar y junto a los estudio epidemiológicos comenzaron las campañas contra el fumar (Gilman y Xun, 2006).

En 1958, en la revista médica *Lancet*¹³, al mismo tiempo que se admitía una relación causal entre fumar y el cáncer de pulmón, un artículo explicaba que los fumadores eran *"hombre inquietos, enérgicos, impulsivos, independientes, interesantes, apasionados al hacer lo que les interesaba y que en tiempos de guerra se enrollaban en unidades de combate"*; a los no fumadores, por contraste, se los describía como *"hombres de familia insulsos, estables, confiables, trabajadores, poco comunicativos y que en tiempos de guerra tendían a especializarse en unidades no combativas"*.

"El cáncer volvió a los fumadores más concientes de sus identidades de fumadores [...] Pero quizás las consecuencias más sorprendentes de las campañas de salud fueron las nuevas formas de sociabilidad que se establecieron

¹² Se trata de una cita textual que realizan Gilman y Xun (Ibíd., pág. 23) aunque omiten citar la fuente. (al parecer, por un error de imprenta, en el libro citado figura Urbano VII, en lugar de Urbano VIII.)

¹³ *Lancet*, Inglaterra, 1958, citado por Hilton (2006, págs. 91-92).

entre los fumadores. El año que siguió a la publicación del informe del Royal Collage de 1962 vio el nacimiento de una nueva cultura: la del «dejar de fumar» (Hilton, 2006, págs. 89-90).

Pese a que no dudamos de la veracidad de este dato, cuando pensamos en el tema de “dejar de fumar” no podemos menos que evocar otro hecho, sucedido mucho antes; en 1923 Italo Svevo, escribió *La conciencia de Zeno*, una grandiosa novela que narra la historia de una vida dedicada al intento de dejar de fumar. En un pasaje, Zeno Cosini reflexiona: *“Ahora que estoy viejo y nadie me exige nada, sigo pasando del cigarrillo al propósito [de dejarlo] y del propósito al cigarrillo. ¿Qué significan hoy esos propósitos? ¿Acaso me gustaría, como a ese viejo higienista descrito por Goldoni, morir sano tras haber vivido enfermo toda la vida?”* (Svevo, 2001 [1923], pág. 14).

Volviendo a los datos estadísticos, de acuerdo a algunos estudios, en el año 2000, el 70% de los 12 millones de fumadores del Reino Unido quería dejar de fumar (Gilman y Xun, 2006). No obstante estos datos, Matthew Hilton, profesor asociado de Historia Social en la Universidad de Birmingham, en su interesante estudio sobre “El fumador social”, nota que la tendencia sociabilizadora del hábito de fumar, persiste a pesar de los peligros que las campañas de salud pública vinculan al consumo de tabaco; señala que casi un tercio de la población adulta sigue fumando incluso a sabiendas de los riesgos tan difundidos del hábito. *“Hay una nueva tierra de Marlboro, —sostiene el autor— no poblada por vaqueros solitarios sino por ciudadanos sociables que se aúnan en contra de las restricciones de salud pública”* (Hilton, 2006, pág. 90). Y, destacando el aspecto social del acto de fumar, concluye su ensayo con las siguientes palabras: *“Hoy día, los fumadores, obligados a fumar fuera de sus oficinas, padecen el frío y la lluvia, pero al menos saben lo que el Lancet sabía hace cincuenta años: los fumadores son mejor gente. De ahí que sigan fumando todos juntos”* (Ibíd., pág. 92).

5. UN NUEVO ENCUENTRO CON UN VIEJO CONOCIDO.

Si una conclusión podemos extraer de los apartados anteriores es que la novedad de fumar despertó una pasión universal sin precedentes. En menos de 100 años de su llegada a Europa, en una época en la que no había ni siquiera trenes, el fumar se había diseminado con la rapidez de un virus por todo el Viejo Mundo; Asia y África, incluidas. Por más de cuatro siglos, fumar ha tenido un gran impacto en los estilos de vida y en las sociedades de todo el mundo. *“El consumo ininterrumpido de tabaco en diversas formas en casi todo el mundo civilizado durante los últimos cuatrocientos años ha generado una profusión de aparatos, utensilios, equipos y accesorios [que] han enriquecido nuestras vidas:*

la variedad admirable de estos objetos es ahora un testimonio de la importancia que fumar tuvo para millones de personas” (Rapaport, 2006, pág. 78).

Como supusimos en la introducción al hablar del vínculo ancestral con el fuego y el humo, quizás una de las razones para explicar esta pasión sea que, en lugar de un descubrimiento, fumar haya sido un redescubrimiento; un querido reencuentro con la vieja e inextinguible pasión por el fuego. Este aspecto no ha pasado desapercibido para Gilman y Xun: *“El espíritu del humo mágico viene acechando el alma y el cuerpo humanos desde tiempos inmemoriales, muy anteriores al descubrimiento del Nuevo Mundo. El humo se relaciona con la nostalgia de un mundo perdido”* (2006, pág. 18).

Los egipcios, los babilonios y los hindúes ofrendaban incienso a sus respectivas deidades; en la China antigua se quemaba *moxa* para espantar demonios y conservar la salud. En la antigua Grecia se recomendaba la inhalación de humo como práctica curativa y también se lo usaba en los rituales; así, las pitonisas del oráculo de Delfos inhalaban humo proveniente de hoyos naturales que las embriagaban al punto de anunciar sus profecías en estado de trance. También para los griegos inhalar el humo era fuente de placer; según Herodoto, en sus tiendas, arrojaban semillas de cáñamo sobre piedras calientes. En el Templo de Jerusalén se quemaba incienso noche y día y los israelitas escaparon a una plaga mortal por medio de una ofrenda de incienso a Yahvé. Del mismo modo, las catedrales góticas estaban llenas de humo perfumado; mencionemos también el humo blanco con el que, en el Vaticano, se anuncia la elección del nuevo pontífice (Ibíd., pág. 18-19).

“Los europeos habrán «descubierto» el Nuevo Mundo, pero no «descubrieron» el acto de fumar. Sencillamente recordaron el mundo del humo. Lo que les sorprendió fue la manera de administrarlo. Ya no había habitaciones llenas de humo, sino que los individuos lo aspiraban de rollos de tabaco o mediante pipas” (Ibíd., pág. 19). *“Aunque la inhalación de hierbas candentes ha sido parte de la experiencia humana durante milenios, el fumar tabaco le dio forma a la invención y a la cultura, cautivando la imaginación como ninguna otra cosa en la historia”* (Ibíd., pág. 38).

Con esto ponemos fin a esta “breve historia” y pasamos a abocarnos a nuestra tarea: intentar, desde el psicoanálisis aportar algún contenido que ayude a comprender mejor los motivos de tan intensa y duradera pasión por el hábito de fumar.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA INTERIORIDAD DEL FUEGO

El valor simbólico del fuego y su papel concreto en el desarrollo cultural del hombre no podían pasar desapercibidos para Freud. El fuego, tanto por el calor que desprende como por el poder devorador de sus llamas que todo lo consumen, es para este autor un logrado símbolo ancestral que representa a las pulsiones en general y, en particular, a la excitación sexual (1930a [1929], 1932a [1931]). Así, por ejemplo, el hombre describe sus pasiones como cosas que, cuando se “encienden”, “queman” y lo “consumen”; el “calor” de las pasiones también es descrito como una “hoguera” en la que el sujeto se siente “arder”.

Dado que la inmediata satisfacción de todas las pasiones a la vez, resulta imposible para los mortales, en la fantasía del pensamiento primitivo, esa posibilidad queda reservada a los dioses todopoderosos. Poseer el poder del fuego —algo peligroso y temido por todas las demás criaturas—, eleva al hombre a la condición de dios, capaz de dominar la naturaleza y modificarla acorde a sus deseos. Pero al mismo tiempo, la misma necesidad de dominar el fuego afirma su condición de simple mortal, de criatura débil y desvalida, alejándolo definitivamente, de la idea de dios.

Con notable lucidez, Freud relaciona este carácter antagónico del símbolo del fuego con el hecho de que el pene sea el agente tanto para la descarga de la excitación genital, como para la micción. Dado que estas funciones, como el fuego y el agua —a los cuales cada una simboliza— se excluyen la una a la otra, el autor concluye que *“la oposición entre ambas funciones podría movernos a decir que el hombre extingue su fuego con su propia agua”* (1932a [1931], pág. 178). Esto lo llevó a conjeturar (1930a [1929], pág. 89, Nota 3), que la conquista del fuego no se logró cuando el hombre fue capaz producirlo, sino mucho antes: cuando fue capaz de conservarlo. Para esto, fue necesario que el hombre aprendiera a abstenerse de satisfacer el deseo de apagar el fuego con la propia orina—símbolo, a su vez, de “apagar” sus ardientes ambiciones—.

Esta renuncia que, como recompensa, benefició a esas criaturas primitivas con los poderes del fuego para materializar la transformación cultural de la naturaleza, tendría para Freud (Ibíd.) el carácter de la primera renuncia pulsional sobre la que luego habría de erigirse la conquista cultural del hombre. Por lo tanto, podemos concluir que el fuego representa tanto a la cultura que confiere al hombre un sentimiento de poder y superioridad frente a las otras criaturas, como a la renuncia que lo revela impotente e inferior a los dioses.

Unos años más tarde, Freud habría de toparse con un curioso dato antropológico que certificaba aquella primera conjetura; entre los mongoles rige la prohibición de orinar sobre las cenizas calientes de las que todavía puede obtenerse fuego. Según cuenta el mismo autor, esta noticia lo llevó a escribir el artículo “Sobre la

conquista del fuego” en el que se ocupa de analizar el mito de Prometeo, el “héroe cultural”, “dador del fuego a los hombres”. En su análisis, equipara al fuego con el hígado; el órgano que los antiguos consideraban el asiento de todas las pasiones. *“Si el hígado es la sede de la pasión, simbólicamente significa lo mismo que el fuego; y entonces el hecho de que sea devorado y se renueve cada día pinta con acierto la conducta de las apetencias amorosas que, satisfechas diariamente, se renuevan cada día”* (1932a [1931], pág. 176).

Luis Chiozza, en su artículo “El significado del hígado en el mito de Prometeo” (1970d [1966]), profundiza y enriquece esta equiparación simbólica entre fuego e hígado. Básicamente recurre a dos argumentos. En primero de ellos, basado en un exhaustivo estudio etimológico, es que la idea de fuego ya está presente en el nombre Prometeo. El segundo y principal argumento—extensamente fundamentado—, se basa en que el hígado se arroga la representación del metabolismo, función que, por ser la encargada de mantener encendida la chispa de la vida por medio de la combustión de oxígeno, a su vez es un logrado símbolo del fuego. Así como decimos que el metabolismo “quema” las “calorías”, decimos también que el fuego “se alimenta”, “consume” y “devora”.

El desarrollo que realiza este autor lo conduce a dar un paso más en la vinculación simbólica entre fuego e hígado, en el que estos elementos se demuestran contrapuestos: *“el fuego comienza así a diferenciarse como un elemento capaz de simbolizar el aspecto instintivo catabólico y desorganizador en este proceso metabólico global, mientras que el hígado queda adscripto al proceso anabólico [...], aunque pueda [...] ser vinculado además con las representaciones ígneas, ya que en su interior también se realizan procesos catabólicos acompañados por la liberación de la energía”* (Ibíd., págs. 78-79).

En conclusión, en opinión de este autor, el fuego y el hígado pueden representarse mutuamente dado que ambos representan, también, al metabolismo en su conjunto; yendo a una diferenciación más específica, el fuego representa en particular el aspecto catabólico, mientras que el hígado representa en particular el aspecto anabólico.

A los fines del tema que nos ocupa, la conclusión que pretendo extraer de este autor —quizás yendo un paso más allá— es que, si el fuego puede representar al hígado, puede representar también a la capacidad de materialización que Chiozza adjudica a la fantasía inconciente propia de lo hepático. Como mencionamos al comienzo, el fuego dota al hombre de la capacidad de materializar, por ejemplo, las herramientas y los instrumentos mediante los cuales remodela la naturaleza acorde con sus deseos —que son también sus ideales—.

Pero el fuego también simboliza, más específicamente, el aspecto destructivo inherente a toda materialización; esa primera fase de destrucción necesaria para

construir. Por lo tanto el fuego es un símbolo complejo, que representa doblemente, tanto la capacidad de materialización, como la capacidad catabólica de descomponer —más básica—, necesaria para alcanzar luego la materialización (Chiozza y col., 2001b).

Como no podía ser de otra manera, un elemento tan importante para la historia ancestral del hombre no puede menos que erigirse en un símbolo complejo y multifacético. Menciono esto porque aún debemos explorar un aspecto más de la rica interioridad del fuego, ya que también es símbolo del ideal; en especial del estímulo ideal desorganizador —entre otras cosas, por la capacidad destructiva ya señalada—. Como sostiene Chiozza, *"el fuego, la rama encendida, engendra la luz; como la luz, que ilumina los ojos, crea lo visual. Lo visual, equivalente a la idea [...], despierta la inteligencia en el cerebro y reanima a la criatura de barro, brindándole el ejercicio de lo psíquico, la chispa de la vida, símbolo del ello"* (1970d [1966], pág. 79).

Intentemos, en una apretada síntesis de lo dicho, dar orden y sentido a esta interioridad multifacética y contradictoria. El fuego, en primera instancia, representa el ideal y el efecto destructivo y desorganizador que tales ideales tienen sobre el débil mortal. El anhelo del hombre por conquistar un elemento tan poderoso encuentra su razón de ser en el intento de dominar ese poder y dirigirlo hacia el mundo y la naturaleza; hacia lo material fuera de sí. De este modo, el fuego, en segunda instancia, pasa a ser símbolo también de la posibilidad de descomponer la materia para recomponerla, luego, moldeándola a acorde a los deseos; es decir, descomponer la dificultad para materializar los ideales.

LA INTERIORIDAD DEL HUMO Y SU PARTICIPACIÓN EN EL HÁBITO DE FUMAR

Como ya dijimos al comienzo, el fuego es el aspecto visible de la combustión, proceso por el cual el material combustible es degradado. Cuando la combustión es incompleta se genera, como subproducto, el humo: una suspensión en el aire de pequeñas partículas sólidas de la materia orgánica combustible, incompletamente degradada. En otras palabras, carbón en polvo muy tenue, "disuelto" en el aire. Dado que, por su parte, "fumar" —literalmente: echar humo— significa aspirar y despedir humo, acortaremos camino si exploramos los significados del humo vinculándolos, a un mismo tiempo, con los del hábito de fumar. En este sentido, destacaremos dos aspectos de la interioridad del humo y del fumar.

1. FUMAR: UNA FORMA DE INCORPORAR EL FUEGO.

Dado que en lo inconciente rige el principio de *pars pro toto*, el humo es también un símbolo del fuego y, por lo tanto, de su capacidad de descomponer lo material; de "digerir" la materia hasta degradarla casi por completo. Se trata de un poder que el hombre anhela para sí y por tanto daría lugar al deseo de incorporar al fuego. Pero el hombre no puede ponerse en contacto con el fuego sin sentir, en carne propia, los dolorosos efectos de su poder destructor; el contacto con el humo es lo más lejos que puede llegar en su deseo de incorporar el poderoso *maná* del fuego.

Bachelard afirma que para los antiguos el fuego era como un peligroso animal, devorador, rapaz e insaciable, "*porque teniendo calor y movimiento no puede dejar de alimentarse y respirar aire puro*". Para ellos el humo era los excrementos de este poderoso animal (1953, citado por Chiozza, 1970d [1966], pág. 75). Contraponer esta imagen con la del fumador aspirando esos "excrementos" me llevó a recordar la costumbre de los cazadores esquimales que, durante la prolongada persecución del oso polar, se alimentan con los excrementos del temible animal; la futura presa que habrán de ingerir (Ruesch, 1955). Aunque en su mayor parte los excrementos se componen de células muertas del epitelio digestivo —y las células muertas de un animal pueden, en casos como este, ser el alimento de otro— las heces también contienen el producto de la digestión incompleta de los alimentos; se trata de una idea semejante a la del humo como producto de la combustión incompleta de la materia orgánica.

Es sabido que para los primitivos —o si se quiere, en lo primitivo de cada ser—, comer es también una forma de incorporación eidética; comer a un animal (o a un enemigo) era, en la fantasía, un modo de incorporar sus cualidades, ya que

comer e incorporar su carne implicaba una análoga incorporación de su alma, su espíritu, su esencia, su misma idea o su interioridad. El deseo de incorporar el humo podría simbolizar, entonces, el deseo de adquirir por incorporación parte de las cualidades del fuego; su notable capacidad para descomponer la materia y, por ende, incrementar la capacidad de quien lo incorpora para materializar el ideal; ideal representado, a su vez, por el fuego mismo que se incorpora a través de sus excrementos.

Mágica y simbólicamente, el que aspira humo logra convertirse, él mismo, en fuego; y como el fuego, también se vuelve capaz de echar humo (fumar). Aunque pueda sonar increíble, así vieron los europeos a los primeros fumadores; al parecer, —es decir, según figura en Wikipedia¹⁴— a su vuelta a España, Rodrigo de Jerez, uno de los dos primeros europeos en fumar tabaco, habiendo adquirido el hábito de fumar, cometió el error de encender un cigarro en público y fue acusado de brujería y encarcelado por la Inquisición, ya que *"sólo el diablo —Lucifer, el fuego mismo— podía dar a un hombre el poder de sacar humo por la boca"*. También hay otras anécdotas que van en el mismo sentido; según relata Tanya Pollard¹⁵ *"dos hombres que vieron a Tarlton fumar, «nunca habiendo visto cosa parecida, se asombraron y, viendo el vapor que salía de la nariz de Tarlton, gritaron, "fuego, fuego", y le arrojaron una copa de vino a la cara»"* (2006, pág. 54). Gilman y Xun mencionan que *"una anécdota inventada del siglo XVIII acerca de Sir Walter Raleigh (un fumador empedernido) cuenta que el explorador, de regreso en Inglaterra, se encontraba tranquilamente fumando una pipa cuando un sirviente le arrojó encima un vaso de cerveza, creyendo que la cara de su amo estaba en llamas"* (2006, pág. 15).

Como resulta fácil suponer, *"ya sea mediante encendedor o fósforos de papel o madera, el fuego sigue siendo un elemento inseparable del ritual de fumar"*. El fuego, es *"lo que le da vida al tabaco"* (Rapaport, 2006, págs. 78 y 76). Todo fumador lleva en su bolsillo lo que durante siglos fue sueño del hombre primitivo; un instrumento capaz de generar fuego a voluntad. Tanto el cigarrillo como la pipa o el cigarro, encendidos en la mano, prontos para llevarlo a la boca, constituyen una hoguera portátil —privada, pero que se puede compartir—; algo que, en la fantasía del fumador —y quizás también en las de quienes lo rodean— lo vuelve superior a las demás criaturas indefensas; algo que lo acerca a la antigua figuración del Zeus, con el rayo en la mano, y que le confiere un placentero sentimiento de poder.

¹⁴ <http://es.wikipedia.org/wiki/Tabaco>

¹⁵ Dando como fuente de esta cita a *Tarltons Jestes* (Londres, 1611; reimpresión 1638), sig C3v.

2. FUMAR: UNA FORMA RESPIRATORIA DE INCORPORACIÓN.

"Fumar es una reacción de apropiación y destrucción simultáneas. El tabaco es un símbolo del ser «apropiado», ya que es destruido al ritmo de mi respiración en una «destrucción continua». Pasa a mi interior y su transformarse en mí mismo se manifiesta simbólicamente con la transformación en humo del sólido consumido. La conexión entre el paisaje visto fumando y el pequeño sacrificio crematorio era tal que [...] éste último era como un símbolo del primero. Quiere decir, entonces, que la reacción de apropiación destructora del tabaco equivalía simbólicamente a una destrucción apropiativa del mundo entero. En el tabaco que fumaba, era el mundo entero que ardía, que se iba en humo, que se condesaba en vapor para penetrar en mí."

JEAN PAUL SARTRE¹⁶

Como sabemos, luego del nacimiento, el suministro sanguíneo necesario para la vida se divide en dos funciones; la función respiratoria para el suministro de oxígeno (que es materia en estado gaseoso) y la función digestiva para el suministro de los demás nutrientes (que son materia en estado líquido o sólido). Luis Chiozza, en su libro *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos* (1998b [1970]), se ha ocupado de estudiar las profundas implicancias psíquicas de la función digestiva. Apoyándose en otros autores, Chiozza sostiene que la alimentación representa un modo de llevar hacia lo otro ajeno, el instinto de muerte implícito en el digerirse a sí mismo, propio de la consunción del hambre. Estos impulsos, al principio, están orientados hacia lo más semejante y por eso buscan incorporar (atacar) en forma directa al objeto de amor, ya que éste es el ideal. Así como el feto se alimenta de la sangre materna, existe la fantasía universal, representada míticamente en el banquete totémico, de haber matado y comido al padre de la horda primordial (Freud, 1912-13; Chiozza, L., 1998b [1970]; Chiozza, G. y Corniglio, H. 1996 y 1997).

Siguiendo los desarrollos de Freud en relación a la ancestral prohibición de comer al animal totémico y al tabú que, en las culturas primitivas, rige sobre el canibalismo, Chiozza deduce la participación ulterior de un proceso, que describe como de disociación eidético-material. Mediante este proceso los impulsos destructivos y amorosos se separan en el acto de incorporar al objeto. Por una parte, se incorpora "visualmente" el aspecto ideal del objeto, y por la otra, destructivamente, se incorpora "hepáticamente" (es decir, digestivamente) a la

¹⁶ Extraído del libro *El Ser y la Nada* (1943) de Jean Paul Sartre, citado por Jean Jacques Brochier (1994 [1990], págs. 72-73).

materia de otro objeto semejante, con la que se busca el crecimiento que permita la identificación con el primitivo objeto ideal. En otros términos, mientras la incorporación visual continúa siendo directa, la incorporación material se lleva a cabo de manera indirecta, mediante un rodeo. Como señala el autor, lo que desde un punto de vista es una ganancia, ya que permite conservar vivo al objeto ideal, desde otro punto de vista implica una renuncia al deseo, más directo, de comerlo concretamente —sobre el que ahora pesa la prohibición del tabú—.

Tal vez resulte fructífero intentar correlacionar ambos procesos de separación que rigen a la incorporación: la disociación eidético-material en la incorporación del objeto y la disociación respiratorio-digestiva en la incorporación postnatal.

La superficie destinada al intercambio gaseoso, distribuida en unos 300 millones de alvéolos, aunque menor a la superficie del tubo digestivo, es de 70 metros cuadrados (Iversen, 2006), superficie comparable a la de un departamento de 3 ambientes. La vía inhalatoria es una de las más efectivas para la administración de sustancias al organismo; así por ejemplo, el humo inhalado alcanza los pulmones y suministra rápidamente la droga al torrente sanguíneo —siempre que se trate de un gas o de un líquido volátil—. Pero, como señalamos al comienzo, si fumar e inhalar el humo hasta los pulmones fuera sólo un medio de absorber la droga que se fuma, cómo explicar, entonces, el hecho incontrastable de que las terapias de reemplazo con nicotina, aún administrada por vía inhalatoria, no sean efectivas para abolir el hábito de fumar tabaco.

Quizás conviene recordar aquí las ideas de Bianconi (2005b); como señalamos, este autor sostiene que con la inhalación del humo del cigarrillo, el fumador —al absorber monóxido de carbono— logra un cierto estado de hipoxia con el que buscaría recrear la unión con la imago materno-placentaria (hipoxia que las terapias de reemplazo no producen). Esta unión con un objeto capaz de digerir por él los nutrientes nos remite nuevamente al primero de los significados esclarecidos: la intención del que fuma de convertirse en fuego o ponerse en contacto con su incomparable poder para descomponer la materia. A diferencia del argumento de la hipoxia planteado por Bianconi, aplicable sólo a la forma inhalatoria de fumar (cigarrillos), la idea de convertirse en fuego o ponerse en contacto con su poder catabólico se podría extender también, a las formas no-inhalatorias de fumar, como el fumar en pipa o fumar cigarros —hábito menos adictivo, por cierto, pero no menos difundido—.

Como dijimos, el humo es una suspensión de finas motas de carbón en el aire (materia en estado sólido); al inhalar el humo, los gases de esta mezcla (drogas gasificadas y monóxido de carbono) se absorben en la mucosa respiratoria pero no las partículas de carbón que se depositan en los alvéolos obstruyéndolos y dificultando la posibilidad de intercambio gaseoso. Quizás la clave para

comprender el sentido del incorporar el humo no esté en la materia sino en el aire que la transporta.

Como señalan Chiozza y colaboradores en su trabajo "Los significados de la respiración" (1991d [1990]) la comunidad de sentidos que existe entre aire y espíritu, ha sido destacada por muchos autores; un soplo de aire anima la vida y el aire de la última exhalación, se la lleva. *"Si nos es lícito confiar en el testimonio del lenguaje —escribe Freud—, fue el aire en movimiento lo que proporcionó el modelo de la espiritualidad, pues el espíritu toma prestado su nombre del soplo del viento (ánimus, spiritus; en hebreo: ruach, soplo). Ello implicaba el descubrimiento del alma como el principio espiritual en el individuo. La observación reencontró el aire en movimiento en la respiración del hombre, que cesaba con la muerte; todavía hoy el moribundo «expira su alma». Así pues, se inauguraba para el ser humano el reino de los espíritus; estaba pronto a atribuir a todo lo otro en la naturaleza el alma que había descubierto dentro de sí."* (1939a [1934-38], págs. 110-111).

Así podemos pensar que en la imaginación del pensamiento animista de los primeros hombres, la materia orgánica expuesta al poder destructivo del fuego, moría, y su espíritu, desprendido ya de ella, aún se hallaba contenido en el último aliento que ella exhalaba al morir: el humo. En otras palabras, el humo, como forma etérea de lo material (polvo muy tenue), representa el alma misma de la materia; es decir, de lo material, el aspecto más eidético o espiritual.

Del mismo modo que la cocción de los alimentos facilita la digestión de los mismos, dado que se aprovecha el poder "digestivo" del fuego, incorporar respiratoriamente el humo (aspirar o tragar el humo) bien podría representar una alternativa o quizás un intento regresivo de sortear la disociación eidético-material e incorporar, a través de la respiración y gracias a la poderosa acción del fuego, la materia en su forma más ideal; su misma esencia y su perfume; su interioridad o su espíritu. Se trataría, entonces, de una forma de incorporación que se hallaría a mitad de camino entre lo visual-ideal y lo hepático-material; una forma de incorporación eidética, no-visual, en la que se intenta incorporar sólo el espíritu de la materia por medio de su extrema degradación. Algo así como una forma respiratorio-espiritual de incorporar al objeto.

EL "HAMBRE ESPIRITUAL" DEL FUMADOR.

*"El tabaco es el compañero del hombre solo,
el amigo del soltero, la comida del
hambriento, el consuelo del triste, el sueño
del insomne y el fuego del friolento"*

CHARLES KINGSLEY¹⁷

Como síntesis de lo dicho hasta aquí, pero con el valor de una hipótesis —ya que no está en nosotros el ánimo de ser concluyentes en esta primera aproximación al tema— podemos suponer que el que fuma intenta superar una dificultad en el proceso de materializar los ideales; se trata de una dificultad particular que podemos imaginar a mitad de camino entre la tarea "hepática" de materializar el ideal y la tarea "visual" de idealizar la materia. Se trataría de una dificultad "respiratoria" con la espiritualidad de la vida; un "hambre espiritual" que lo lleva a la necesidad de buscar la misma esencia de las cosas, intentando establecer una conexión espiritual con el mundo.

Así, el fumador busca en el poder del fuego (con quien se pone en contacto y a quien busca emular, simbólicamente, echando humo) la capacidad de degradar la materia hasta su última expresión, hasta su último aliento —si se me permite la metáfora—, hasta convertirla en aire; en puro espíritu. Por medio del fumar (independientemente de qué y cómo se fume) el sujeto intenta satisfacer este ideal de espiritualidad, incorporando respiratoriamente el humo como si se tratara de un "alimento espiritual". El humo como una parte del fuego, aquel poderoso animal que en el pasado le facilitó el desarrollo cultural.

En síntesis: Con ayuda del fuego, el fumador, descompone la materia hasta sacar su misma esencia y dejar sólo su espíritu. Incorporando el humo, como "alimento espiritual", intenta satisfacer su "hambre espiritual". Al mismo tiempo, al hacerlo, se vuelve capaz de echar humo, como el fuego; y así figura cumplido el deseo de transformarse en un sujeto capaz sacar de las cosas, lo más espiritual.

Análogamente a lo planteado por Chiozza (1998b [1970]) con respecto a la incapacidad de materializar, a esta insatisfacción espiritual la podemos concebir tanto en términos absolutos como relativos; es decir, será mayor cuánto menor sea el desarrollo espiritual del sujeto, pero, por tratarse en última instancia de un afecto, podemos concebirlo presente aún en personas de un elevado desarrollo espiritual. Del mismo modo podemos pensar que aún en personas con muy

¹⁷ Citado por Matthew Hilton (2006, pág. 83) en referencia al extracto que venía escrito en el costado de todo paquete de tabaco marca *Westward Ho!* (Westward Ho!, 1855). Por cierto, un notable contraste con las amenazadoras leyendas que figuran en las etiquetas de nuestra época.

escaso desarrollo espiritual, este afecto puede permanecer latente si su descarga se viera interferida por otros afectos actuales. En otras palabras, podemos encontrar no-fumadores con grandes mermas espirituales del mismo modo que fumadores con una rica vida espiritual.

LOS ASPECTOS NOCIVOS DEL FUMAR

Un aspecto fallido de este intento de superar las dificultades espirituales por medio del fumar se pone en evidencia en el desperdicio de la materia que, una vez quemada, pierde toda cualidad para disolverse en el humo y transformarse indistintamente en cenizas. A este desperdicio vano, a este consumo inútil, se refiere el uso transitivo del verbo fumar, con el sentido de "gastar" o "malgastar". Así se usa en expresiones como "fumarse el sueldo", análogas, por ejemplo, a la de "quemar los bienes". En términos metafóricos, podríamos decir que el intento fallido de convertirse en Prometeo —héroe cultural, dios espiritual—, deja al fumador más cerca de su hermano Epimeteo; "*el soñador ocioso, la pura fantasía, cuyos brillantes engendros se desvanecen en el aire sin llegar a cuajar en nada tangible, útil y práctico*" (Assens, 1945, citado por Chiozza, L., 1970d [1966], pág. 81).

También los aspectos nocivos del hábito de fumar mostrarían lo fallido del intento; no me refiero al fumar como *causa* de enfermedad sino a que el fumar, en estos casos, no alcanza a resolver las dificultades espirituales que, a mi entender, serían las que mejor explicarían los *motivos* del fumar, primero, como del enfermar, después. Nótese que la relación que la medicina establece entre determinadas patologías y el hábito de fumar, por más demostrable que esta relación sea, no permite determinar si el fumador enferma *porque* fuma o *a pesar* de que fuma.

No es tan disparatado pensar que "aquello" que, un tiempo atrás, lo llevó a fumar y, durante ese tiempo, se satisfacía a través de ese hábito, es lo mismo que ahora, no pudiendo satisfacerse por medio del acto de fumar, lo lleva a enfermar. Si acaso esta conjetura pudiera tener algo de cierto, habría que tener mucho cuidado del peligro que implicaría todo intento de dejar el hábito que no nazca, genuinamente, de la espontánea extinción del deseo de fumar, ya que tal imposición podría influir negativamente, rompiendo el equilibrio alcanzado.

Si bien tampoco puede descartarse la posibilidad de que el sujeto fume *para* enfermar, esta posibilidad parece poco convincente ya que, a) este fin no siempre se logra, y b) para lograrlo hay que armarse de paciencia, ya que el fumar se vuelve nocivo luego de varios años de ejercicio del hábito. En todos los casos, la mejor opción terapéutica siempre será comprender los motivos que,

desde los más profundo e inconciente, llevan a fumar y sostienen el hábito; tanto en lo específico del hábito como en lo particular de cada fumador.

De demostrarse acertada la hipótesis esbozada en este ensayo, y si nos atenemos a las investigaciones ya realizadas sobre la fantasías inconcientes de los trastornos orgánicos, a mi entender, quedaría en parte allanado el camino para comprender tanto la relación entre el fumar y el cáncer, como así también la relación entre este habito y la patología cardiovascular a la que frecuentemente se lo asocia como factor de riesgo. Efectivamente, tanto el trastorno narcisista asociado con el cáncer, como la falta de magnanimidad asociada con la patología cardiovascular parecerían claramente vinculadas con dificultades en la materialización de una vida espiritualmente más lograda. Por supuesto, las vinculaciones entre los significados inconcientes del hábito de fumar aquí propuestos y las fantasías inconcientes específicas de otras patologías del aparato respiratorio distintas del cáncer, resultan mucho más obvias.

EL ASPECTO SOCIABILIZADOR DEL FUMAR

Cabe preguntarse si no hay, quizás, un aspecto logrado en el intento de resolver las dificultades espirituales por medio del fumar; aunque más no sea al modo de un beneficio secundario. Como ha sido señalado repetidas veces, fumar constituye un hábito que facilita la integración social; para muchos, el genuino origen del hábito nace del intento del individuo de superar las dificultades para la integración grupal.

Matthew Hilton, apoyándose en datos estadísticos¹⁸, opina que *"compartir, ofrecer y aceptar un cigarrillo figura entre los rituales de formación más patentes de la dinámica social de más o menos la mitad de la población occidental. ¿Hay alguien que aprenda a fumar solo? Por lo general empezamos a fumar porque nuestros amigos y pares lo hacen. A los jóvenes, fumar les permite «integrarse», demostrar que han ingresado a la esfera pública. Antes de que empiece la adicción, el hábito o incluso la apreciación de los placeres de fumar un cigarrillo en soledad, fumar es un acto grupal. Es un ritual imperioso"* (2006, pág.81).

También para el sujeto adulto, fumar brinda la posibilidad del intercambio socio-espiritual; *"pese al escape espacial que brinda la pipa cuando un caballero se retira a su estudio —o incluso el escape temporal que disfruta el amante de la hierba al dejar que su imaginación divague junto con las formas de humo que se desprenden de su pipa— el tabaco permite que los hombres se encuentren, conversen y establezcan vínculos"* (Ibíd., pág. 84). Recordemos lo que ya citamos

¹⁸ Citando a *Mass-Observation Archive, Universe of Sussex Library, Tepic Collections, Smoking Habits 1937-1965, Box 3, File A, P. Moore [416]*.

al comienzo del trabajo acerca de la importancia social de los “salones para fumadores” para las clases altas; la relación entre el tabaco y el bar en los estratos sociales menos pudientes y las increíbles cantidades de pipas de arcilla que los dueños de bares, amable y generosamente, regalaban a sus clientes.

Como señalan Chiozza y colaboradores (1991d [1990]), la función respiratoria que lleva a cabo el intercambio gaseoso entre el sujeto y la atmósfera, se arroga la representación del intercambio socio-espiritual con los objetos del entorno. Cualquier trastorno en la función respiratoria —y el fumar bien podría considerarse en dichos términos— expresaría una dificultad en aquel intercambio socio-espiritual.

Si entendemos que lo espiritual es lo que tienen de común y colectivo las almas, vemos que compartir las propias dificultades espirituales, con las dificultades espirituales de los otros, sería un primer paso en el camino de resolver esas mismas dificultades. En otras palabras, al “compartir” la “dificultad-para-compartir”, la dificultad disminuye.

DISTINTAS MANERAS DE FUMAR.

Acorde a la diferenciación establecida por Chiozza y colaboradores (1991d [1990]) entre las formas inhalatorias (intento de inspirarse) y no inhalatorias (intento de tramitar las aspiraciones) del fumar, podemos pensar que la insatisfacción espiritual sería más acentuada en el fumador de cigarrillos, que inhala el humo, que en el fumador de pipa y/o cigarros, que se satisface con sólo aspirarlo y paladear su sabor. En el fumador de cigarrillos el intento por superar el “hambre espiritual” sería más extremado y regresivo.

Tal vez el conflicto que busca resolverse mediante el fumar inhalatorio nos habla de una necesidad más perentoria, de mayor dependencia, en la cual el aspecto social de la ecuación “socio-espiritual”, parecería ser más acuciante que el aspecto espiritual. Aquí el sujeto “recién nacido a la sociedad”, ante las dificultades para el intercambio socio-espiritual, buscaría por medio de la hipoxia, regresar al contacto con la imago materno-placentaria del que nos habla Bianconi (2005b).

Contrariamente, el conflicto con las aspiraciones, parecería comprometer más al aspecto propiamente espiritual y menos al de la perentoria sociabilización. Digámoslo mejor: ambos conflictos son espirituales pero el conflicto que busca resolverse mediante la inhalación del humo, involucraría un conflicto espiritual con la integración social más inmediata; en cambio, el conflicto que suponemos presente cuando el humo se aspira, apuntarían a un conflicto espiritual con esa

forma de integración social más amplia que, más allá de la frontera de la existencia individual, llamamos trascendencia.

Acorde con esto, como veremos enseguida, en nuestra época, el fumar cigarrillos suele ser más propio de los comienzos de la juventud —aunque luego se mantenga toda la vida— mientras que el fumar pipa y cigarros queda ligado a personas mayores y mejor establecidas socialmente.

EL CIGARRILLO EN EL SOLDADO, EL ADOLESCENTE Y LA MUJER.

El “hambre espiritual” de integración social que hipotetizamos, quizás nos ayude a comprender por qué el hábito de fumar cigarrillos apareció como una costumbre entre los soldados y por qué, como vimos al comienzo, durante los años en los cuales la humanidad atravesó las dos grandes guerras se impuso mundialmente por sobre el cigarro y la pipa. Las vinculaciones entre la guerra y las dificultades de intercambio socio-espiritual resultan obvias; sobre todo si consideramos los profundos cambios morales que implicaron estas dos guerras para toda la cultura occidental.

Resulta interesante también reflexionar acerca del por qué a la mujer —en el gusto social que ellas mismas comparten— le está vedada otra forma de fumar que no sea, justamente, el modo más regresivo, más fallido, más nocivo y menos placentero, de incorporar el humo como alimento espiritual.

El siglo XX significó un cambio brusco, que claramente marca un “antes” y un “después”, en el rol social de la mujer. En la historia de la humanidad, la mujer nunca tuvo tantas posibilidades de acceder a la cultura y a la participación social en forma independiente del varón, como en los últimos 100 años. Este ingreso “en sociedad” de la mujer “independiente”, a partir de la promesa publicitaria de que podría “liberarse de los tontos prejuicios que les habían inculcado”, como vimos, implicó un paralelo ingreso de la mujer en las huestes de fumadores de cigarrillos (Gilman y Xun, 2006, pág. 32-33).

La pérdida de la protección del hombre (padre, hermano, esposo) y el encuentro brusco con una nueva forma de intercambio socio-espiritual en el que la mujer pasa a desempeñarse como un sujeto independiente, debió significar, para ellas, una dificultad análoga a la que suele observarse con el adolescente que comienza a “salir al mundo”. En ambos casos, se trataría de “recién nacidos a la sociedad”, en los cuales el fumar facilitaría esta entrada al nuevo entorno social. En lo más superficial, a través de los rituales compartidos del hábito de fumar, pero más profundamente, como un modo de tramitar las dificultades en el intercambio espiritual que supone el contacto con el nuevo medio social,

recreando a través de la hipoxia, la unión con la imago materno-placentaria. En estos sujetos, la dependencia al hábito de fumar como unión perentoria con el humo, busca compensar lo que es vivido como una independencia forzada para la que no se sienten preparados. Una situación de desamparo e inermidad similar al que llevó a los primitivos a buscar el contacto cálido y protector del fuego.

EL CIGARRO Y LA PIPA EN LA MADUREZ

Como dijimos, estas formas de fumar quedan asociadas, en el imaginario colectivo, con sujetos maduros y potentes; bien establecidos socialmente. El cigarro, el toscano y el habano suelen llamarse también "puros"; seguramente esto se debe a que son "puro tabaco", es decir, pura esencia: el cigarro desaparece a medida que se transforma en humo. El cigarro suele quedar asociado al acaudalado capitalista conservador de mediana edad, materialmente rico pero carente de anhelos espirituales. También, si se quiere, otra línea de representaciones lo asocia con Fidel Castro y con el espíritu de la revolución cubana; en ella —según se proclama—, por medio de un feroz ataque al capitalismo materialista, se intenta trocar el individualismo, instaurando en la sociedad el ideal del "hombre nuevo", volcado a la comunidad.

La pipa, en cambio, se la asocia al hombre mayor. Antiguamente se la asociaba al viejo marino que, aislado en el mar, iba a la conquista de nuevos horizontes. Finalizada la era de las grandes conquistas, en un mundo de horizontes más estrechos, la pipa quedó asociada tanto al intelectual como al artista; ambos atrapados en la dura lucha creativa por materializar obras que satisfagan sus necesidades de trascendencia.

Pero a pesar del tímido rebrote del cigarro en el ambiente del lujo y el dinero, estas formas de fumar van cayendo en desuso; en nuestros días ya casi no se fabrican pipas. Como ya dijimos, en 1900, cuatro quintos del tabaco que se fumaba en el Reino Unido venían en forma de cigarros, pero para 1950, la proporción se había invertido; hoy en día, el cigarrillo es el producto tabacalero más extendido. Cabe que recordemos aquí las palabras de Chiozza sobre el entumecimiento, propio de nuestra época, de la vocación de trascendencia (1983c [1982]).

Si bien el ideal de la eterna juventud anida en el alma humana desde tiempos inmemoriales, el siglo XX, sobre todo en su último tercio, ha significado un cambio importante en lo que se entiende por juventud. Comparemos el púber de principios de siglo, que ansiaba abandonar los pantalones cortos para ponerse el traje y el sombrero, con el adulto de hoy en día que, habiendo abandonado el

sombrero y la corbata, ansía el fin de semana para ponerse los pantalones cortos, las zapatillas y la remera.

Da la impresión que en otras épocas el joven era idealizado por su potencia y sus posibilidades mientras que hoy se lo idealiza por su irresponsabilidad. Antes el joven quería trabajar, sentar cabeza y casarse; se decía que “el casado casa quiere”. El ideal era “echar panza” —como signo de potencia—, para ponerla en el chaleco y atravesarla con la cadena del reloj; fantaseaba con que, una vez satisfechas todas sus aspiraciones materiales, podría encender un cigarro y fumar complacido consigo mismo —sin saber que era un intento de aspirar el faltante espiritual de su vida—.

En contraste con estos ideales, el adulto de nuestros tiempos, agobiado de responsabilidades, en una vida que ha perdido su sentido espiritual, suele idealizar la situación que imagina en el soltero y el divorciado; una situación más liviana en la que la única preocupación es la de prepararse en el gimnasio para las conquistas sexuales que se llevan a cabo en la discoteca, cigarrillo mediante.

La unión paterno-filial, a principios de siglo, suponía un acercamiento del hijo al padre. El hijo buscaba descubrir el mundo del adulto; esperaba la posibilidad de visitar al padre en su lugar de trabajo, acompañarlo al café, conocer a sus amigos y escuchar la conversación de los adultos. Luego de la brecha generacional abierta por el hippismo de los años 70, la reconciliación entre adultos y jóvenes invirtió aquella dirección del encuentro. Hoy es el padre quien busca acercarse al mundo del hijo; vestirse como él, escuchar su música y compartir sus amigos y sus temas de conversación. No resulta raro entonces que el fumar cigarrillos, incluso de marihuana, sea visto hoy como más moderno y atractivo que fumar en pipa o cigarros.

EL FUMADOR Y LA SOCIEDAD.

A partir de la hipótesis formulada en este ensayo, hemos “sobre volado” la mayoría de los aspectos que hacen al hábito de fumar. Sin embargo todavía queda uno que no quisiéramos evitar. Se trata del particular hostigamiento que, en nuestros días, recibe el fumador por parte de la sociedad. Aunque se trata de un tema polémico y complejo, creo que es un tema que, como psicoanalistas, deberíamos plantearnos alguna vez; y mi intención, en lo que sigue, es predicar con el ejemplo.

Mi opinión es que las restricciones sociales hacia el hábito de fumar esconden un rechazo hacia el fumador, nacido de motivaciones inconcientes que se encubren con argumentos poco racionales y menos convincentes. Dado que no se trata de

una opinión liviana, antes de cualquier intento de interpretación, será necesario ofrecer a la discusión algunos fundamentos.

1. ¿DISCRIMINACIÓN O AYUDA AL FUMADOR?

Uno de los lemas con los que el consenso embandera la cultura de nuestra época y por medio del cual se pretende una cierta superioridad frente a pasadas generaciones, es el lema de la "no-discriminación". Por ello se entiende no permitir que se lesione el derecho de un individuo a la igualdad, por motivos nacidos de las particularidades de su identidad, sus costumbres o sus hábitos. La sociedad actual, para ser superior a las anteriores y no repetir lamentables errores del pasado, debe mostrarse tolerante con el individuo y con las minorías.

Sobre algunas características del individuo no existe un acuerdo general acerca de si se trata, en todos los casos, de una enfermedad (obesidad o alcoholismo) o si se trata de un hábito de conducta, originado en una elección voluntaria del individuo por motivos placenteros (gordo o bebedor). En la visión de algunos, este último punto de vista configuraría lo que se denomina un "vicio", es decir, una cuota de relajamiento moral; y por lo tanto, en otros tiempos, el consenso sostenía que la persona viciosa merecía ser censurada. Como siempre ha sucedido, *"la gente que no es considerada responsable de su comportamiento recibe comprensión y ayuda [...]. Por el contrario, la gente que es considerada responsable de su comportamiento es despreciada y castigada"* (Corrigan, 2006, pág. 192). Sin embargo, en nuestros días, aún si se piensa que el sujeto come o bebe porque le gusta, o si su sexualidad no sigue las convenciones esperables, la opinión predominante sostiene que su elección merece ser respetada y no debe ser por ello objeto de discriminación. En éstos, como en otros casos, la discriminación constituye un delito.

Si bien el hábito de fumar pertenece a este grupo que algunas veces es visto como vicio y otras como enfermedad, el consenso mayoritario frente al fumador parecería abrir un gran paréntesis dentro del lema de la tolerancia y la no-discriminación. Para Corrigan —profesor de Psiquiatría de la Universidad de Chicago y director del *Chicago Consortium for Stigma Research*— la figura del fumador bien podría encuadrar en el caso de la discriminación dado que, por ejemplo, *"gran parte del público los trata con desdén y éstos sufren las consecuencias. [...] Los fumadores se ven excluidos del alquiler de ciertas propiedades y de ciertos puestos de trabajo. Se les puede prohibir la presencia en lugares públicos en virtud de su actividad"* (2006, pág. 187).

En opinión de este autor, *"la campaña antitabaco parecería ser maliciosa y va más allá de condenar la conducta para denigrar a los fumadores mismos"* (Ibíd., pág. 183); a los ojos del rechazo social, *"los sectores fumadores constituyen el*

lugar donde los fumadores («ellos») perpetran su acto deshonroso. Ese lugar a menudo conlleva la señal de la vergüenza, lo que es evidente cuando uno piensa en la gente que se congrega tímidamente al frente de un edificio público a pitar un cigarrillo por hora” (Ibíd., pág. 186). Este autor considera que “cuando la gente confunde el comportamiento con la persona ocurre un error epistemológico. Ésta es la naturaleza del estigma: equiparar a la persona con la señal” (Ibíd., pág, 192)¹⁹. “Muchos defensores de la justicia social dicen rápidamente que cualquier clase de estigma es un crimen en primer grado. Cualquier cosa que prive a un grupo de respeto público y oportunidad individual tiene consecuencias atroces para las culturas en las que ocurren estas injusticias” (Ibíd., pág. 191).

Las distintas respuestas que el consenso social suele dar a este tipo de planteos se pueden agrupar en torno a tres argumentos: a) no se trata de discriminación sino de ayudar al fumador a dejar un vicio que lo daña; las estadísticas demuestran que termina habiendo menos fumadores en las sociedades 100% libres de humo —de tabaco, se entiende—. b) El fumador daña y contamina la atmósfera de quienes lo rodean y es deber de la sociedad proteger a los últimos del contagio físico y moral, aunque esto signifique una lesión a los derechos del primero. c) El humo del tabaco es molesto y maloliente y, con la molestia que ocasiona, lesiona los derechos de los individuos que lo rodean. Dado que en las discusiones estos argumentos se esgrimen rotativamente, saltando de uno a otro según el viento sople, a los fines de evitar confusión, me parece importante que podamos examinarlos por separado.

Para empezar veamos las dudas que ofrece el primer argumento. Si la restricción es un método válido para ayudar al fumador, ¿por qué no se prohíbe la venta y la fabricación de tabaco? Paciencia; a eso llegaremos, podrán decir algunos; pero entonces, ¿no sería adecuado ayudar, con el mismo método, a otros damnificados por sus hábitos? Con un pequeño esfuerzo altruista podríamos ayudar a miles de obesos y diabéticos si nos propusiéramos una sociedad 100% libre de chocolate, por ejemplo. Corrigan se pregunta “*por qué fumar —en vez de otras conductas ligadas con la salud— es denigrado por la sociedad. [...] Aquí también, una visión miope del fumar quizás provoque que algunos lectores pasen por alto las demás conductas que se anuncian como insalubres; ingerir grasas, beber alcohol en exceso o no hacer ejercicio son blancos de cualquier programa de salud pública*” (2006, pág. 189).

En el film *Gracias por fumar*²⁰ se plantea, con agudos argumentos, si la prohibición de ciertos hábitos a los fines de la salud es un método válido. ¿Tenemos derecho a prohibir algo si pensamos que no hace bien? ¿Quién sería el

¹⁹ Citando a Fiske, “*Stereotyping, Prejudice and Discrimination*”, en *The Handbook of Social Psychology*, editado por D. T. Gilbert *et al.*, 4^o edición (Boston, 1998), vol. III, págs. 357-411.

²⁰ *Thank You for Smoking*, Reitman, Jason, 2005.

encargado de decidir qué se prohíbe y hasta dónde llegarían los alcances de la prohibición? Si prohibimos, por ejemplo, que se filme una escena donde el protagonista fuma, ¿deberíamos prohibir también las películas de Humphrey Bogart? Si se prohíbe la publicidad porque favorece el consumo de tabaco, ¿no sería prudente prohibir también, las novelas de Maigret, por ejemplo? ¿Suena ridículo?, en el 2005 la Biblioteca Nacional de Francia organizó una exposición para conmemorar el centenario del nacimiento de Jean Paul Sartre; para cumplir con las leyes que prohíben la publicidad del tabaco, en la portada del catálogo, a la fotografía del escritor se le borró el cigarrillo²¹. Al parecer se trata de un camino que, tarde o temprano, conduce a aquellas formas de censura tan denostadas por nuestra sociedad.

Como esto se esgrime a favor de la salud de los enfermos, cabe plantearse cuál es en esta historia el papel que le compete a la medicina. Jean Jacques Brochier se plantea qué es lo que se espera del médico, "*¿que nos cure o que nos haga una moral? Su deber es curar e informar del modo más completo posible. Pero ahí termina su poder. Nos indica una cura, ciertamente muy justificada. De acuerdo. Pero si esta cura nos priva de los placeres de la vida que consideramos esenciales tenemos el derecho de evaluar, y de elegir, entre una vida que nos alegramos de prolongar, aún siendo esta infeliz, y una vida que preferimos acortar ya que ha perdido buena parte de su sentido*" (1994 [1990], pág. 99).

Tanto la medicina como la psicología de nuestro tiempo saben que ni la prohibición, ni el rechazo, ni el castigo constituyen recursos terapéuticos legítimos ni efectivos para ayudar a un sujeto enfermo. El planteo de que un deseo puede extinguirse por medio de la prohibición de su satisfacción es, cuando menos, ingenuo. Basta recordar lo inútil del intento, y las nefastas consecuencias colaterales que produjo la Ley Seca en los Estados Unidos de los años 20, para darse cuenta de que no es un tema sencillo.

Aún si pensáramos que los sistemas de salud equivocan los recursos pero tienen buenas intenciones, no da la impresión de que el deseo de ayudar sea lo que motiva a los miles de voluntarios que, gratuitamente, se ofrecen en restaurantes, oficinas y aeropuertos a hacer que las leyes contra el fumar se cumplan. En ciertos países, cuyos habitantes demuestran ser poco proclives a la observancia de las leyes, esta excepción para con el hábito de fumar resulta, cuando menos, sorprendente.

En el citado artículo, Corrigan reseña una serie de *slogans* que se distribuyen en calcomanías²²; sus leyendas parecen reflejar mejor los sentimientos hostiles, que

²¹ Información tomada de [«http://elcafedeocata.blogspot.com/2007/01/oda-por-la-muerte-de-jean-paul.html»](http://elcafedeocata.blogspot.com/2007/01/oda-por-la-muerte-de-jean-paul.html).

²² El autor da como fuente —donde promete que el lector podrá encontrar muchos más— los siguientes sitios de Internet: «www.buttout.com» y «www.kickbutt.com».

el deseo de ayudar a un enfermo que sufre; transcribo algunas para que el lector juzgue por sí mismo: "*Si despides humo cerca de mí, más te vale estar en llamas*", o "*No me asfixies con tu humo de segunda mano*" (Ibíd., pág. 181). ¿Qué pasaría si actuáramos, por ejemplo, con un obeso, del mismo modo que lo hace la sociedad con el fumador? ¿Obligar a un obeso a hacer dieta es la mejor ayuda que podemos concebir para su tratamiento en el siglo XXI?; y si cuando el obeso necesitara, imperiosamente, romper su dieta lo forzáramos a hacerlo en la terraza del edificio, bajo la lluvia, esa imposición ¿también sería fruto del deseo de ayudarlo o se trataría de un deseo distinto, como de rechazarlo o castigarlo?

2. EL FUMADOR PASIVO.

En este punto las respuestas se deslizan hacia el argumento de que el caso del fumador es distinto al del obeso, ya que el primero daña a inocentes; por eso el fumador debe hacerlo en la terraza. Si uno no equivoca el razonamiento, de aquí se deduce que, entonces, la intención principal no es ayudar al fumador sino protegerse de él; "*la lepra y los leprosarios son ejemplos antiquísimos de este fenómeno*" (Corrigan, 2006, pág. 190). Este argumento, aunque más auténtico, parece igualmente erróneo y sobre todo exagerado.

Jean Jacques Brochier (1994 [1990]) se pregunta, con acierto, cómo es que nadie haya pensado que un simple extractor de aire puede ser la solución a lo que se declara como un serio problema de salud —amén de solucionar también el inconveniente de las molestias generadas por el humo—. También sorprende que el humo —mucho más tóxico— de los motores de explosión que, con su polución ambiental contaminan el planeta, no sea capaz de encender tantas pasiones como el humo del tabaco, mucho más modesto.

Tampoco resulta del todo convincente que puedan ser tan peligrosos los efectos nocivos que el humo tiene sobre el fumador pasivo y uno no acierta a comprender de qué manera puede estar diseñada una investigación científica que arribe a esa conclusión. Si inhalar el humo del tabaco se considera nocivo por lo que *deja* en los pulmones del fumador, el humo exhalado por este debería ser mucho menos tóxico, sobre todo, si al exhalarlo, el humo "ya fumado", se diluye en la atmósfera. Si para el fumador pasivo esto representa un serio riesgo, para el fumador activo los efectos del humo "de primera mano", en breve lapso, deberían resultar rápidamente devastadores. (Nótese que el fumador activo es, además, en todos los casos, un fumador pasivo casi durante las 24 horas del día.) Otro argumento a considerar es que, dado que las enfermedades atribuidas al hábito de fumar suceden luego de varios años de sostener, intensamente, el hábito, no parece posible que el fumador pasivo —como se lo llama— corra demasiado peligro, aún a largo plazo.

Si los efectos nocivos del humo del tabaco son tan tremendos como se los figura, si —como amenazan las leyendas de los paquetes de cigarrillos— fumar mata al que fuma y a quienes lo rodean, cabe preguntarse cómo pudo sobrevivir la humanidad luego de atravesar la historia del hábito de fumar que reseñamos al comienzo de este ensayo. Recordemos cómo se ha estado fumando durante los últimos 500 años; o recordemos con qué intensidad usaban los indígenas el tabaco que comenzaron a cultivar entre tres mil y cinco mil años antes de Cristo. Si el fumar tabaco fuera tan letal como afirman hoy *las voces autorizadas de la ciencia del momento*²³, a su llegada a América en 1492, Colón no podría haber encontrado a nadie con vida.

3. LOS DERECHOS DE UNOS Y OTROS.

El último de los argumentos esgrimidos es que el fumador, o más precisamente el humo que provoca al fumar, ocasiona molestias en el entorno. Solemos coincidir en que los derechos de uno terminan allí donde comienzan los derechos de los demás; y es un hecho aceptado que la convivencia genera roces. Frente a aquellas características, actos o actitudes que generan molestia en el entorno, el consenso suele adoptar distintas actitudes:

- a) Las acepta como un hecho natural de la convivencia, intentando apelar a la tolerancia civilizada.
- b) Las acepta dado que supone que el otro sufre y no puede dejar de ser quien es o hacer lo que hace. Así, se suele simpatizar más con el padecimiento del obeso que debe pagar dos pasajes aéreos —considerado un castigo injusto y discriminatorio—, y menos con su vecino de asiento. Tampoco nadie piensa que debería haber un sector para los que viajan con niños pequeños y la mayoría consideraría como signo de poca tolerancia quejarse, en un avión, de un bebé que llora.
- c) No las acepta pero tampoco las denuncia, ya que la protesta constituiría, en opinión general, un acto grosero y de “mala educación”. Por ejemplo el aliento a ajo o el exceso de perfume suelen molestar a muchos, pero, en lugar de prohibirse, se dejan a la discreción del consumidor. Del mismo modo que con el olor a transpiración, su señalamiento público constituye un acto hostil, que genera violencia. En otras palabras, el que se siente molesto tiene derecho a alejarse pero no a protestar.
- d) No las acepta y manifiesta la protesta por el derecho lesionado. El tabaco, obviamente, pertenece a este grupo. “*Tu derecho de fumar termina donde comienza mi nariz*”, reza otro de los *slogans*; nótese que no se dice “tu derecho

²³ Se trata de una expresión de Henri Michaux, citada por Jean Jacques Brochier (1994 [1990], pág. 163).

a transpirar o a comer cebolla". Con el hábito de fumar se invierte la carga de la culpa; el fumador es el sujeto grosero, mal educado, hostil que con su actitud genera la violencia que recibe. Muchos de los que, en este punto, concuerdan con este argumento, son los mismos que iniciaron discusiones como esta, afirmando que su deseo era ayudar a las pobres víctimas de los maliciosos intereses de la industria tabacalera. Cabe consignar que, en nuestros días, el nivel de intolerancia para con el fumador parece haber alcanzado sus niveles máximos. ¿Podemos preguntarnos por qué?

Para finalizar estos argumentos y pasar a nuestra tarea, deseo mencionar las palabras con las que Corrigan concluye el ya citado ensayo sobre "El hombre Marlboro y el estigma del cigarrillo"; no porque esté de acuerdo con ellas, sino porque, a mi entender, reflejan bien tanto el problema como la confusión que existe alrededor de este tema: *"Lo que alguna vez se consideró el epítome de la sofisticación se ha convertido en el acto de individuos groseros. «Fumar apesta y mata». Mientras tanto, las actitudes negativas relacionadas con el acto de fumar se han extendido a la persona culpable del comportamiento. Los fumadores son unos deprimidos malolientes que amenazan a su comunidad con un contagio físico y moral. De acuerdo con esto, se considera a los fumadores un grupo estigmatizado. Una pregunta interesante, con todo, es si el estigma del fumar es incorrecto. El recurso visceral a la justicia social sugeriría que sí; el estigma del fumar, como cualquier forma de discriminación, es injusto. Como contrapartida, señalar públicamente a los fumadores **quizás** proteja a la gente de enfermedades físicas y del contagio moral. Proteger a la gente de enfermedades causadas por el humo de segunda mano es un objetivo juicioso de salud pública. De manera restringida, pues, la discriminación que acarrea el estigma parecería legítima. La ecuación se oscurece cuando se introduce la idea del contagio moral. Los miembros del público que se apartan de los fumadores por motivos éticos [...] tienen probabilidades de cometer el mismo tipo de error que al promover prohibiciones en contra de la gente de color y de otros incontables grupos estigmatizados. En este sentido, el estigma como herramienta de discriminación es inaceptable."* (2006, págs. 192-193)²⁴.

Dado que en los argumentos que esgrime la sociedad no hemos podido encontrar una respuesta satisfactoria que nos permita comprender el por qué de su extrema intolerancia para con el fumador, nos abocaremos a la búsqueda de este significado utilizando el instrumento del psicoanálisis. Me parece que un punto de partida válido para comprender los motivos inconscientes de esta pasión encarnizada contra el fumar, lo constituye la misma pasión que, como vimos, el hábito de fumar ha sabido encender en los hombres de todos los tiempos; como

²⁴ El énfasis me pertenece.

también reseñamos, tampoco el encendido rechazo al hábito de fumar es un invento nuevo.

La hipótesis que este trabajo busca sustentar, es que el hábito de fumar busca satisfacer una necesidad espiritual a través de la incorporación respiratoria del humo como símbolo y sustituto del "alimento espiritual"; el humo como sucedáneo del fuego que, con su poder, ha permitido al hombre el mayor logro espiritual: la cultura. Si se le permite la simplificación, el fumador abriga la fantasía incumplida de emular al fuego; de ser él mismo un "héroe cultural" "dador de fuego"; encender la chispa de la cultura como lo hiciera Prometeo, el padre de todos los hombres, al robar el fuego de los dioses en beneficio de las incultas criaturas de barro.

Del análisis del mito de Prometeo que realiza Freud en su artículo "Sobre la conquista del fuego", podemos extraer dos argumentos que quizás nos ayuden a comprender los motivos del rechazo social hacia el fumador. El primero de ellos es que en la conquista del fuego conlleva siempre una idea de sacrilegio, ya que el fuego —reservado a los dioses— les es robado por medio de un engaño. *"Este es un rasgo constante de todas las sagas sobre la adquisición del fuego, se lo encuentra entre los pueblos más diversos y alejados, y no solo en la saga griega de Prometeo, el dador del fuego"* (Freud, 1932a [1931], pág. 174).

En algunos casos esta connotación de robo ilícito, aparece desplazada sobre el momento de la iniciación en el hábito de fumar; los púberes y adolescentes suelen robar a los adultos, primero cigarrillos, y más tarde, el dinero para comprarlos. No necesitamos bibliografía para reconocer esta frecuente escena, pero sí podemos disfrutar la confesión de Zeno Cosini, el entrañable personaje de Italo Svevo: *"Así llegué a robar. En verano mi padre dejaba sobre su silla su chaleco, en cuyo bolsillo había siempre algunas monedas: cogía los cincuenta céntimos necesarios para comprar la preciosa cajetilla y me fumaba uno tras otro los diez cigarrillos que contenía para no guardar por mucho tiempo el comprometedor fruto del hurto [...] Acabo de registrar el origen de mi vergonzoso hábito y (¿quién sabe?) quizás ya esté curado. Por eso, para probar, enciendo un último cigarrillo y tal vez lo arroje al instante, asqueado"* (2001 [1923], págs. 9-10).

Otro aspecto de la misma idea de robo, aparece más tarde en la impostación con la que el joven fuma, intentando aparentar una madurez que siente no poseer. En su estudio sobre el fumador social, Hilton describe que *"entre los jóvenes, los económicos cigarrillos Woodbines, a cinco por un penique, se convirtieron en símbolo de adultez; hasta los niños participaban a veces de lo que a partir de 1908 se convirtió en un placer ilícito para los menores de 16 años. Las pandillas de jóvenes anunciaban su entrada al mundo del trabajo fumando cigarrillos en público en la calle"* (2006, pág. 87). Podemos pensar,

entonces, que el sentimiento de culpa por el acto ilícito, conllevaría en el fumador una necesidad de castigo que facilitaría el ejercicio de la hostilidad que, el mismo acto ilícito, despertaría en el entorno.

El segundo argumento —y quizás el más profundo—, es el siguiente: Freud afirma que en el mito de Prometeo el contenido de la renuncia pulsional que implica el dominio del fuego aparece desfigurado por ser lo más resistido. Contrariamente, aparece claramente figurado el notable rencor que la humanidad experimentó hacia su "héroe cultural"; si bien Prometeo les reveló el secreto del dominio del fuego, al mismo tiempo los instó a renunciar a sus ambiciones de ser dioses. *"Sabemos que el reclamo de renunciar a lo pulsional y su imposición provocan hostilidad y placer de agredir, que sólo en una fase posterior del desarrollo psíquico se transponen en sentimiento de culpa"* (Freud, 1932a [1931], pág. 175.).

Así podríamos suponer que el rechazo social hacia el fumador nacería de un sentimiento pasivo de análogo rechazo, es decir, de sentido inverso. Las aspiraciones espirituales del fumador serían, entonces, vividas por la sociedad no-fumadora como un acto de arrogancia; como un rechazo hostil por parte del fumador hacia el no-fumador que se siente denigrado por éste y equiparado a esas "torpes e incultas criaturas de barro que aún no han visto la luz".

El sentimiento de envidia que despierta en el no-fumador aquello que imagina como un intenso placer ilícito, busca satisfacción en el placer de caer sobre el fumador con todo el peso de la ley, imponiendo una prohibición que, por un lado, certifique una superioridad sobre el "vicioso" y que, al mismo tiempo, sea un digno castigo a sus aspiraciones de ilícita superioridad; un castigo semejante a aquel con el que Zeus condena a Prometeo.

De este modo, el fumador es obligado a comportarse como los demás "mortales" y cada vez que quiera perpetrar su acto ilícito para elevarse por encima de sus iguales, intentando asemejarse a un dios, deberá apartarse y padecer, a la intemperie— como Prometeo—, la vergüenza y el martirio de su exclusión. Este castigo encuentra en el fumador su "carne de cañón", es decir, una víctima dócil que, apresada por los sentimientos de culpa que nacen de las fantasías de robo ilícito, está deseosa de recibir el castigo que siente merecer.

BIBLIOGRAFÍA

Aizenberg, Sergio, (1970 [1966]) "El hábito de fumar", en *Un estudio del hombre que padece*, Luis Chiozza (comp.), Edición CIMP-Kargieman, Buenos Aires, 1970.

Bianconi, Pascual, (2005a), "Algunas consideraciones acerca de la nicotina", en Simposio 2005, Fundación Luis Chiozza, Buenos Aires, 2005. Inédito.

Bianconi, Pascual, (2005b), "Algunas consideraciones a propósito del humo del tabaco", en Simposio 2005, Fundación Luis Chiozza, Buenos Aires, 2005. Inédito.

Brochier, Jean Jacques, (1994 [1990]), *Io fumo, e allora?*, Pacini Editore, Pisa, 1994.

Chiozza, Gustavo y **Corniglio**, Horacio, (1996), "El estómago, el ácido y la agresión", trabajo presentado en el Centro de Consulta Médica Weizsaecker, Buenos Aires, 1996. Inédito.

Chiozza, Gustavo y **Corniglio**, Horacio, (1997), "La devoración del padre como símbolo de la adquisición del comer. Análisis de un mito antropológico", trabajo presentado en el Instituto de Docencia e Investigación de la Fundación Luis Chiozza, Buenos Aires, 1997. Inédito.

Chiozza, Luis, (1970d [1966]), "El significado del hígado en el mito de Prometeo", en *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos* (Tercera edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

Chiozza, Luis, (1983c [1982]) "Convivencia y Trascendencia en el tratamiento psicoanalítico", en *Hacia una teoría del arte psicoanalítico*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

Chiozza, Luis, (1998b [1970]), *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos* (Tercera edición), Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

Chiozza, Luis, **Laborde**, Víctor, **Obstfeld**, Enrique y **Pantolini**, Jorge, (1969a), "La interioridad de los medicamentos", en *Cuerpo, afecto y lenguaje* (Segunda edición), Luis Chiozza, 1998, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

Chiozza, Luis, **Baldino**, Oscar, **Funosas**, Mirta, y **Obstfeld**, Enrique, (1991d [1990]) "Los significados de la respiración", en *Los afectos ocultos en...* (Segunda edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997.

Chiozza, Luis y **Dayen**, Eduardo, **Baldino**, Oscar, **Bruzzon**, María Estela, **Dayen**, Mirta F. de y **Griffa**, María Cristina, (2001b), "Psicoanálisis de las afecciones micóticas", en *Enfermedades y afectos*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 2001.

Corominas, Joan, (1990) *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Editorial Gredos, Madrid, 1990.

Corrigan, Patrick, (2006) "El hombre Marlboro y el estigma del cigarrillo", en *Humo. Breve historia cultural del acto de fumar*, Sander L. Gilman y Zhou Xun (comp.), Editorial Paidós, Buenos Aires, 2006.

Freud, Sigmund, (1912-13) *Tótem y tabú*, en *Obras Completas*, Sigmund Freud, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

- Freud**, Sigmund, (1930a [1929]) *El malestar en la cultura*, en *Obras Completas*, Sigmund Freud, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.
- Freud**, Sigmund, (1932a [1931]) "Sobre la conquista del fuego", en *Obras Completas*, Sigmund Freud, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.
- Freud**, Sigmund, (1939a [1934-38]) *Moisés y la religión monoteísta*, en *Obras Completas*, Sigmund Freud, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.
- Gilman**, Sander y **Xun**, Zhou, (2006), "Introducción", en *Humo. Breve historia cultural del acto de fumar*, Sander L. Gilman y Zhou Xun (comp.), Editorial Paidós, Buenos Aires, 2006.
- Hilton**, Matthew, (2006), "El fumador social", en *Humo. Breve historia cultural del acto de fumar*, Sander L. Gilman y Zhou Xun (comp.), Editorial Paidós, Buenos Aires, 2006.
- Iversen**, Leslie, (2006), "Por qué fumamos: una pequeña fisiología del fumar", en *Humo. Breve historia cultural del acto de fumar*, Sander L. Gilman y Zhou Xun (comp.), Editorial Paidós, Buenos Aires, 2006.
- Litvinoff**, Hugo, (1981) "El hábito de fumar como un modo de vivir la vida", en Simposio XII del Centro de Investigación en Psicoanálisis y Medicina Psicosomática CIMP, Buenos Aires, 1981. Inédito.
- Parrado**, Nando, (2006), *Milagro en los Andes*, Editorial Planeta, Buenos Aires, 2006.
- Pollard**, Tanya, (2006), "El placer y el peligro llegan al Viejo Mundo", en *Humo. Breve historia cultural del acto de fumar*, Sander L. Gilman y Zhou Xun (comp.), Editorial Paidós, Buenos Aires, 2006.
- Rapapot**, Ben, (2006), "Cómo fumamos: accesorios y utensilios", en *Humo. Breve historia cultural del acto de fumar*, Sander L. Gilman y Zhou Xun (comp.), Editorial Paidós, Buenos Aires, 2006.
- Robicsek**, Francis, (2006), "El ritual de fumar en América Central", en *Humo. Breve historia cultural del acto de fumar*, Sander L. Gilman y Zhou Xun (comp.), Editorial Paidós, Buenos Aires, 2006.
- Ruesch**, Hans, (1955), *País de las sombras largas*, La Isla, Buenos Aires, 2005.
- Sagan**, Carl y **Druyan**, Ann, (1992), "Cuando el fuego era nuevo", en *Sombras de antepasados olvidados*, Editorial Planeta, Barcelona, 1993.
- Socca**, Ricardo, (2004), *La fascinante historia de las palabras*, Tomo I, editado por la Asociación Cultural Antonio de Nebrija, Río de Janeiro, 2004.
- Svevo**, Italo, (2001 [1923]) *La conciencia de Zeno*, Editorial Lumen, Palabra en el Tiempo, Barcelona, 2001.
- Wilbert**, Johannes, (1994), "The Cultural Significance of Tobacco Use in South America", en *Ancient Traditions: Shamanism in Central Asia and the Americas*, Gary Seaman y Jane S. Day (editores), Denver: University Press of Colorado & Denver Museum of Natural History, 1994. (Traducción del inglés por Juan Carlos Gumucio, Anders Ruuth y Leonor Lozano, Uppsala.)